

RECENSIONES



■ Ángel VIÑAS, *Las armas y el oro. Palancas de la guerra, mitos del franquismo, Pasado & Presente*, 2013, 502 páginas, por Fernando Hernández Sánchez (Universidad Autónoma de Madrid) fernando.hernandez.sanchez@uam.es

Las armas y el dinero son los dos puntales fundamentales de la guerra. La victoria es más proclive a sonreír a quien dispone de mayor potencia de fuego y logra acopiar mayor cantidad de recursos materiales y financieros para sostener la contienda. No es que no haya casos en los que el coraje, el valor y el sacrificio hayan obrado el milagro de la victoria de David contra Goliath. Vietnam es un hito por excepcional. No es el caso que nos ocupa. Como sentenció Albert Camus, “fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado, golpeado, que la fuerza puede destruir el alma, y que a veces el coraje no obtiene recompensa”.

Durante los últimos años se ha asistido a un revival de los mitos con los que el franquismo esmaltó sus credenciales como la segunda dictadura más larga de Europa occidental. La demanda de argumentario por parte de un neoconservadurismo dispuesto a disputar la hegemonía no solo sobre el presente sino también sobre el pasado se encuentra tras la floración de una cierta historiografía zombi: aquella que, con apariencia de vida pero cubierta con los retazos de un viejo sudario ideológico, acecha para alimentarse de los cerebros de una sociedad inerme cuyas carencias sobre el conocimiento de su contemporaneidad no han logrado ser suplidas (¡después de casi 40 años!) por el sistema educativo básico.

Cuando ya la munición de la fiel infantería del régimen –los Carlavilla, Comín Colomer, Ruíz Ayúcar o Ricardo de la Cierva- y de los guerreros de la Guerra Fría – Bollotten- parecía extinta y la historiografía de la guerra civil acudía más a las fuentes documentales que a los prejuicios, una nueva/vieja hornada de autores – Suárez Fernández, Salas Larrazábal, Togores, Stanley G. Payne- ha revitalizado las tesis sustentantes de una situación de partida en inferioridad de los sublevados o, al menos, de un empate desequilibrado a la postre por el genio o la eficacia, tanto da, del Caudillo. En *Armas y oro* Ángel Viñas se enfrenta a los mitos recidivantes sobre la supuesta superioridad territorial, material y diplomática republicana; aborda el flujo diferencial de suministros de material bélico y crédito a Franco y a la República; deconstruye la intrahistoria del interés en mantener activo el mitificado “oro de Moscú” en el repertorio propagandístico; y señala, una vez más, las consecuencias deletéreas de la retracción de las democracias. No es un territorio incógnito para el autor. Viñas lo lleva transitando desde sus primeros estudios sobre la los avatares de las reservas metalíferas españolas (*El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*, 1976) y la intervención extranjera hasta la monumental tetralogía sobre la República en guerra (*La soledad, El escudo, El honor y El desplome de la República*, 2006-2009). Su aportación más reciente ha sido la que dinamita la rancia interpretación justificadora de la sublevación militar como respuesta preventiva a una conjura comunista mediante la revelación de los contratos italianos, negociados durante el primer semestre de 1936, para el suministro a los monárquicos de Calvo Sotelo de aviones de

guerra con toda su dotación (*Los mitos de la guerra civil*, 2013).

Viñas, cuyo método se caracteriza por el empleo de masas de documentación con datos empíricos, arranca con un preámbulo en el que incide en el coste humano de la guerra. Antes de dilucidar la cuantía de los *inputs* armamentísticos y financieros que alimentaron el esfuerzo bélico, el autor recuerda que la consecuencia de su empleo es la destrucción de vidas. Algo más de 345.000 personas murieron entre 1936 y 1939. Más de medio millón si la estimación se prolonga hasta 1942, incluyendo la traumática resaca demográfica de la inmediata postguerra. 50.000 fueron víctimas de la represión republicana y 130.000 –y en revisión al alza– de la franquista. Teniendo en cuenta que en 1936 la población se situaba en torno a 25 millones de habitantes, las cifras relativas patentizan el enorme impacto humano de la guerra española, superior incluso al de otros países europeos que vivieron contiendas civiles encapsuladas en el contexto de la segunda guerra mundial. En Francia, la mortalidad entre 1940 y 1944 sobre el total de su población fue del 1,4%; en Grecia, el 0,5%; en España ascendió al 2,1%. Una responsabilidad que no se puede imputar a un destino fatal.

Cohonestar una barbarie de estas dimensiones y salvaguardar la continuidad en el poder, más allá de la caída de las potencias del Eje que tan decisivamente habían contribuido a su implantación, llevó al régimen a visitar sus orígenes rebajando el nivel de la ayuda de Mussolini y Hitler; a sobrevalorar el apoyo soviético a la República; a exacerbar el carácter anticomunista de su combate para integrarse, de manera transversal, en el coro de la guerra fría; a falsear la historia sobre el empleo de las reservas metalíferas del Banco de España y a entenebrecer los sustanciosos apoyos financieros recibidos del conservadurismo internacional.

La guerra de España se convirtió de inmediato en una guerra internacional por interposición. El autor fija su atención en los contingentes de armas suministrados por las tres grandes potencias (Italia, Alemania, URSS) cuyo comportamiento tuvo una incidencia directa sobre los más importantes flujos de abastecimiento. La primera conclusión no tarda en llegar: la República quedó rezagada desde el primer momento y la situación no hizo sino agravarse debido al desequilibrio en las cantidades y ritmos de suministro. Una de las claves, a menudo obviada, es que cantidad y calidad son factores con distinto peso específico. No era lo mismo obtener armamento y munición a través de vías subrepticias, con el consiguiente caos logístico, que conseguirlo junto con sus dotaciones y especialistas en cantidades considerables y crecientes. Fue la rápida respuesta del Eje a las demandas de ayuda por parte de los sublevados lo que otorgó a estos la capacidad para romper el *impasse* inicial al que había abocado el golpe semifracasado y permitió a sus columnas barrer hasta las puertas de Madrid a las improvisadas y mal pertrechadas unidades milicianas. Desde ese momento, la superioridad en dos armas decisivas para la guerra moderna –aviación y blindados– fue manifiestamente aplastante (entre el 50 y el 35%) a favor de Franco. La respuesta soviética, cuyos carros y aviones competían con ventaja contra sus homólogos alemanes e italianos, fue compensada con una ayuda en material bélico a caño abierto por parte de estos. Por si no fuera suficiente, la República tuvo que vérselas con las dinámicas oscilantes que imponían las decisiones de las potencias mantenedoras de la No Intervención (bloqueo naval y cierre de la frontera francesa) y la debilitación e interrupción de los fletes rusos, absorbida como estaba la geoestrategia soviética por la guerra chino-japonesa que amenazaba la seguridad de su flanco oriental. La retracción de las democracias yuguló las posibilidades de defensa de la República al tiempo que la masiva ayuda nazifascista sentaba las bases de la victoria de Franco.

El empleo de las reservas de oro por parte del gobierno republicano ha sido otro de los caballos de batalla de la propaganda, a pesar de los trabajos ya citados del propio Viñas o del profesor Sánchez Asiaín (*La financiación de la guerra civil española. Una aproximación histórica*, 2012). Viñas aborda este capítulo como un ejercicio de egohistoria en el que narra, al compás de su peripecia vital, los orígenes, avances y obstáculos de sus investigaciones sobre el asunto para sacar a la luz una gigantesca manipulación. La documentación entregada al embajador franquista en París por el hijo de Negrín al fallecimiento de su padre en 1956 dormía en una caja fuerte del subgobernador del Banco de España. Varios altos cargos de la administración y toda la *Ostpolitik* de un ministro de Exteriores, López Bravo, se vieron en la picota porque la revelación de la verdad – la de que no existía saldo deudor por parte de la URSS porque las reservas evacuadas se habían consumido pagando los suministros soviéticos- pulverizaba el artefacto propagandístico más cultivado por la dictadura. El lector de hoy no debería pasar por alto la lectura de este capítulo: No solo por la minuciosidad con que Viñas lleva a cabo el desmontaje del mito, sino por el regocijante relato de las puñaladas traperas que se propinaban entre sí las distintas tribus que acampaban en el Estado de aquella dictadura caquéxica.

El franquismo se reivindicó hasta sus últimos estertores como el Estado del 18 de Julio. Hizo de la sublevación que estuvo en su origen una necesidad, el despliegue de una operación quirúrgica en forma de contrarrevolución preventiva. El nervio anticomunista sirvió como anclaje para justificar su supervivencia después de 1945. En ello le auxiliaron los autores que, bajo la guerra fría, situaron a Stalin y a los comunistas españoles en el centro de un escenario conducente a la implantación de una versión *avant la lettre* de las “democracias populares”. Fue Burnett Bolloten, en su extensa, prolija y eternamente revisitada descripción de la estrategia del “gran camuflaje” quien estableció el modelo interpretativo canónico y troqueló la mayor parte de las lecturas posteriores *tous azimuts* sobre el papel del comunismo en la guerra civil. Viñas critica este constructo recordando la prelación de los factores de causalidad que Manuel Azaña enunció en sus reflexiones sobre la derrota republicana: La política de No Intervención, las discordias internas, la intervención nazifascista y el poderío franquista. Un orden que la historiografía “de la equidistancia” ha procedido a invertir. El resultado final de la guerra se debió tanto a la capacidad de Franco para superar en cualquier momento la capacidad defensiva de la República –no digamos ya ofensiva, cuando se produjo- con el abrumador apoyo material y técnico del Eje, como a su habilidad para dividir y destrozar física y moralmente a su enemigo, estigmatizado como la anti-España. En tal sentido, el golpe de Casado y su siembra perdurable de discordia fue el mejor final que el Generalísimo hubiese soñado para su Cruzada.

Viñas acredita, por último, que Franco fue capaz de movilizar con mayor rapidez que sus enemigos los apoyos financieros, gozar de quitas por parte de sus aliados (Italia), de generoso respaldo por conocidos plutócratas (March), de combustible a crédito (Texaco) y, en contrapartida, de contraer una voluminosa deuda con Alemania que requirió la adquisición de compromisos ulteriores de cuyo cumplimiento solo le absolvió el resultado final de la guerra mundial. Una de las más espectaculares conclusiones de Viñas (pág. 362) es que “el máximo del respaldo exterior recibido por Franco, expresado en términos monetarios (991,5 millones de dólares), superó ampliamente, muy ampliamente a decir verdad, el total de reservas de oro del Banco de España en julio de 1936, cifradas en unos 715 millones de dólares” [...] Esta es la realidad que durante demasiado tiempo se ha ocultado o desfigurado más o menos conscientemente”.

El andamiaje ensamblado por publicistas e historiadores indulgentes con el franquismo queda derruido. Sin armas no se puede hacer la guerra y sin oro no se pueden conseguir armas. Franco contó con unas y con otro desde el comienzo, en suministros constantes, cuantiosos y continuados en el tiempo. Venció en una guerra de exterminio ideológico e impuso una dictadura longeva. Por añadidura, logró imponer un discurso inmutable, granítico, una interpretación hegemónica sobre su génesis que la democracia apenas ha logrado arañar. Este es el desasosiego que invade al lector al finalizar el libro. ¿Cómo tal esfuerzo de análisis objetivo basado en evidencia documental primaria no logra desalojar de la conversación social los mitos inoculados por el franquismo? La ingente investigación académica emprendida durante el último cuarto de siglo no ha permeado lo suficiente a los niveles básicos del sistema educativo, donde se forman las representaciones con que la mayor parte de los ciudadanos se aproximan a su historia reciente. La obra de Viñas pone de manifiesto la urgente necesidad de divulgar. No solo por prurito académico, sino como imperativo cívico.



■ Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.): *Los mitos del 18 de Julio*, Barcelona, Crítica, 2013, 480 páginas, por Ana Martínez Rus (Universidad Complutense de Madrid) anamrus@ucm.es

El título y el objetivo de esta obra responden a los muchos mitos que todavía pesan sobre la conspiración y el golpe militar que provocaron la guerra civil española. Este libro colectivo coordinado por Francisco Sánchez Pérez es fruto de un curso de verano de la Universidad Complutense, celebrado en El Escorial en julio de 2011, y dirigido por Ángel Viñas. El curso y el libro se dedicaron al historiador y militar, Gabriel Cardona, fallecido a comienzos de 2011.

El contenido de este volumen pretende explicar el origen inmediato de la guerra civil, desmontando los mitos creados por los militares y civiles sublevados desde el mismo inicio de la contienda para justificar su actuación. Además estas tesis se reelaboraron y difundieron de manera reiterada durante toda la dictadura franquista para crear y justificar la legitimidad del Estado nacido el 18 de julio. Pero lo más grave es que algunos de estos tópicos han sido remozados y puestos al día por un grupo de plumíferos neofranquistas, que han acabado calando en un sector de la historiografía académica en los últimos tiempos. En este sentido el coordinador del volumen resume de manera clara y concisa en la introducción, titulada “¿Una guerra realmente inevitable?”, todas las explicaciones falaces asumidas como verdades durante muchos años y que persisten hasta la actualidad. Básicamente destacamos la consideración del golpe como obra exclusiva de militares y de carácter únicamente interno sin implicaciones internacionales, provocado por el asesinato de Calvo Sotelo, para prevenir una revolución comunista y defender la religión y la patria del ateísmo y del separatismo. Otra tesis falsa muy extendida es la ilegitimidad del poder constituido tras las elecciones de febrero de 1936, que provocó la polarización de la sociedad española en dos bandos irreconciliables que se enfrentarían meses después en la guerra civil. Además la violencia política y social tolerada por el gobierno erróneamente calificado del Frente Popular durante la primavera de 1936 hizo insostenible la situación del país, imposibilitando la convivencia pacífica de los ciudadanos. Tras todas estas supuestas realidades subyacen interpretaciones que implican la necesidad del golpe y el fracaso de la democracia republicana, aparte de justificar el sistema político español vigente. Sólo de este modo se explica que no hayan salido a la luz hasta ahora y gracias a Ángel Viñas los cuatro contratos firmados por Pedro Sáinz Rodríguez, el número tres del partido monárquico alfonsino, Renovación Española, en Roma el 1 de julio de 1936, a pesar de encontrarse en un archivo de acceso público, el Archivo de la Fundación Universitaria Española, situado en la calle Alcalá de Madrid, y haber sido muy visitado por numerosos investigadores.

Estos contratos estudiados por el profesor Viñas en su capítulo, “La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil” evidencian claramente la complicidad de la Italia fascista en el golpe militar, más allá de las conexiones establecidas entre fascistas italianos y monárquicos

alfonsinos durante la República que en su día estudiara Ismael Saz. Era conocida la financiación de Falange por parte de los fascistas italianos, así como su colaboración en la intentona fallida de Sanjurjo en agosto de 1932 y el acuerdo de marzo de 1934. Pero ahora la evidencia primaria documental de época, como le gusta decir al autor, ha revelado la destacada participación de los monárquicos en el suministro de un importante y moderno arsenal bélico a los militares rebeldes, facilitado por los fascistas italianos, incluidos más de 40 aviones de guerra por valor de 39 millones de liras (339 millones de euros de 2010) que se financió con la inestimable ayuda de Juan March. Por tanto la decisiva ayuda fascista fue anterior incluso a la guerra, mientras que la ayuda soviética a la República española, debido a la inhibición de las democracias liberales de Gran Bretaña y Francia, se produjo dos meses después de iniciado el conflicto. A continuación del texto de Ángel Viñas se encuentran traducidos los cuatro contratos italianos, donde aparecen detallados todos los pertrechos militares. La gran cantidad y diversidad del material bélico llevaría a replantearnos la tesis comúnmente aceptada por la historiografía solvente sobre las características de la rebelión contra la República como un golpe blando; ahora parece más claro que los sublevados eran conscientes de su más que seguro fracaso y por tanto se aseguraron el armamento suficiente para una guerra.

Sobre la conspiración militar versa el trabajo de Fernando Puell, “La trama militar de la conspiración”, donde retrata el prototipo de militar golpista de 1936. El mejor ejemplo es el general de Brigada, Emilio Mola, el cerebro del golpe, cuyas “Instrucciones reservadas” se incluyen por cortesía del profesor Puell en los anexos del libro. Las motivaciones que llevaron a una minoría de oficiales a preparar la sublevación, a otros muchos a secundarla y a la gran mayoría a simpatizar con ella, estaban relacionadas con los agravios profesionales provocados por las reformas de Azaña, y con las obsesiones paranoicas del separatismo y del bolchevismo que incendiaron los cuartos de banderas a raíz del Estatuto catalán de 1932 y de la revolución de Asturias de 1934. El ruido de sables era la mejor solución para salvar a la patria de todos los males, aparte de promocionar sus carreras profesionales. Tampoco conviene olvidar la mentalidad africanista que imperaba en muchos de los militares sublevados, siendo Franco el mejor exponente de la misma. Existieron diversas tramas golpistas contra la República desde su proclamación pero, a la altura del 1936 de las cinco existentes finalmente será la de la Junta de Generales la que cuajó, lideraba por Mola y utilizando los canales de la clandestina Unión Militar Española. Los conspiradores llegaron incluso a fabricar pruebas documentales falsas sobre una intervención armada de la Komintern para establecer un estado soviético, que reforzaron aún más los temores de la oficialidad y de los sectores más conservadores del país.

Aunque uno de los tópicos más manidos ha sido que el objetivo de la sublevación militar fue la de abortar una revolución en ciernes, es decir una contrarrevolución preventiva, existe una amplia y rigurosa bibliografía que ha contribuido a desbaratar este disparate. La colaboración de Julio Aróstegui, “Una izquierda en busca de la revolución. [El fracaso de la segunda revolución]”, lamentablemente fallecido poco antes de publicarse este libro, siendo este uno de sus últimas aportaciones, abunda en esta cuestión ya que él mismo en trabajos anteriores y pioneros incidió ampliamente sobre este aspecto. En el texto señala la heterogeneidad y diversidad de los proyectos definidos como revolucionarios dentro del movimiento obrero, e incluso contradictorios, que nunca se pusieron en marcha. Aparte de señalar que los conceptos de democracia y revolución iban de la mano en los años 30, incide en el significado polisémico de la palabra revolucionario para muchos de los cambios que estaban operando en la sociedad española de entonces en torno a la construcción del

régimen republicano o bien para los venideros que anhelaban parte de distintos sectores de la izquierda española. El problema parte del error de calificar de revolucionario todo episodio de desorden social o de violencia partidista. El golpe militar realmente no quería acabar con ninguna revolución puesto que ésta no existía, lo que realmente perseguía era la supresión de todas las reformas económicas, sociales y culturales que la democracia republicana había iniciado en 1931. La paradoja fue que el supuesto golpe preventivo abrió las puertas a la revolución en unos lugares concretos, Cataluña y Aragón, y en unas fuerzas políticas concretas, la CNT-FAI y el POUM, debido al colapso del Estado republicano en los primeros meses de guerra y a la fragmentación del poder en numerosos poderes locales. Pero paradójicamente a medida que se estabilizaron los frentes bélicos y los gobiernos republicanos se hicieron con el control de la situación, la mayoría de las fuerzas de izquierdas supuestamente revolucionarias neutralizaron y reprimieron los intentos revolucionarios. Así hay que entender la entrada de los anarquistas en el gobierno, los sucesos de mayo del 37 o la supresión del Consejo de Aragón. En definitiva el profesor Aróstegui afirma que la guerra civil no fue producto de ninguna revolución ni fue una guerra revolucionaria.

Por el contrario la guerra tuvo su origen en un golpe militar contrarrevolucionario que aglutinó a carlistas, alfonsinos, cedistas y falangistas. En el capítulo “La radicalización de las derechas”, Eduardo González Calleja, explica las diferencias doctrinales, programáticas y estratégicas de estas fuerzas políticas, en algunos aspectos antagónicas, pero que acabaron unidas por el rechazo a la democracia republicana, dando cobertura ideológica a la sublevación militar y colaborando con ella pero sometidos a su autoridad. Así los carlistas aportaron sus milicias de voluntarios armados, los requetés, en contra del criterio de Fal Conde, y los jóvenes falangistas, curtidos en actos violentos contra militantes de izquierdas o contra cargos institucionales, se sumaron con entusiasmo a las operaciones militares y a las actuaciones represivas en la retaguardia. Por el contrario los monárquicos alfonsinos y los cedistas contribuyeron a la causa sufragando los cuantiosos gastos de la guerra, aparte de las conexiones de los alfonsinos con los fascistas italianos en la preparación del golpe y la financiación durante años de Falange, donde acabaron ingresando muchos de los miembros de las Juventudes de Acción Popular. Aparte de la defensa a ultranza del antiparlamentarismo, del antiliberalismo y del antimarxismo, el más claro rasgo de la radicalización de esas derechas extremas fue la utilización de las milicias paramilitares, de la violencia política para conseguir sus objetivos, en un proceso definido como la fascistización de las derechas en la Europa de entreguerras. Aunque finalmente ninguna fuerza se decidió a protagonizar la insurrección contra la República y todas acabaron confiando “en la intervención militar tradicional” (p. 237).

Estas fuerzas de derechas eran defensoras de un catolicismo integrista y contrarios al proyecto laicista republicano de separar Iglesia y Estado, así como al proceso de secularización de la sociedad. Hilari Raguer en su trabajo “«España ha dejado de ser católica». La Iglesia y el «alzamiento»” analiza el papel del catolicismo militante y de la jerarquía en el golpe del 18 de julio. A pesar de la hostilidad de muchos obispos al régimen republicano, ninguno participó en los planes golpistas, ni la defensa de la religión fue incluida en las Instrucciones de Mola o en las primeras proclamas de los militares rebeldes. Tampoco apareció la cuestión religiosa entre los objetivos o las motivaciones de los bandos que proclamaron el estado de guerra. Otra cuestión será la justificación ideológica que la Carta colectiva de los obispos españoles, redactada por el cardenal Gomá y publicada el 1 de julio de 1937, otorgó al autodefinido bando nacional, calificando la guerra como *Cruzada*. Asimismo la persecución religiosa desatada en la retaguardia republicana contribuyó a la identificación de la causa franquista

con la defensa de la religión católica a nivel internacional. Como afirma el autor “una derecha de intereses, que no de creencias o valores, esgrimió la bandera religiosa tomando el nombre de Dios en vano. A efectos políticos, y eventualmente militares, España seguía siendo católica”.

La defensa de la nación española, de la patria en peligro, frente a los separatismos y frente a la ingerencia de Moscú unió a toda la derecha antiliberal y a los militares sublevados, provocando la autodenominación del bando insurgente como nacional y la demonización del enemigo como representante de la Anti-España. La aportación de Xoxé M. Núñez Xeixas, “Ni rota ni roja: el peligro separatista y la invocación a la nación en el golpe de Estado de julio de 1936” aborda la importancia del nacionalismo en las motivaciones de los conspiradores, así como su efecto como palanca movilizadora en las primeras semanas de la contienda, antes de la construcción ideológica de la legitimación religiosa y de la *Cruzada*. El discurso de la integridad de la nación española y de la independencia nacional frente a todo lo extranjero y extranjerizante sirvió incluso de justificación de la sublevación contra el gobierno legítimo. Además el profesor Núñez Xeixas expone que la defensa del nacionalismo español sirvió como elemento aglutinante entre las distintas sensibilidades ideológicas y diversos proyectos políticos que sostuvieron el esfuerzo bélico franquista. El sentimiento patriótico fue invocado antes que el religioso, y luego se fundieron como argumento fundamental en la España de Franco, aunque con matices, ya que para los falangistas la nación precedía a Dios y para los tradicionalistas y monárquicos Dios era antes que la patria. Aunque se esgrimió que la verdadera España se encontraba en las provincias y en los pueblos, mayoritariamente rurales, frente a las ciudades modernas y decadentes, y cuyo peor ejemplo era el Madrid resistente, se acabó imponiendo un modelo centralista como solución a las supuestas amenazas desintegradoras y autonomistas de la nación.

Fernando Hernández Sánchez desmonta en su participación, “Con el cuchillo entre los dientes: el mito del «peligro comunista» en España en julio de 1936”, otro de los mitos insistentemente reiterados por los franquistas para legitimar el golpe contra el sistema democrático. La supuesta revolución comunista que milagrosamente impidió el llamado *Alzamiento*, a pesar del carácter minoritario de esta fuerza. Aparte de la burda falsificación de documentos, ya mencionada, el ascenso del Partido Comunista durante la contienda vendría a ratificar estos planteamientos iniciales, explicando las causas por las consecuencias. A pesar de los mensajes apocalípticos, que alertaban contra todos los temores y peligros derivados de la inminente revolución proletaria, subvirtiendo el orden social y atentando contra la propiedad, la posición del PCE, fue la de colaborar y apoyar al gobierno republicano para consolidar el programa reformista, alejándose de temerarias aventuras revolucionarias, en consonancia con las directrices de la Internacional Comunista. Por tanto el autor concluye que no existía ninguna amenaza de revolución comunista en la primavera de 1936, aparte de que era inviable por las condiciones del PCE y por la política geoestratégica de la URSS.

Francisco Sánchez Pérez en su contribución “Las reformas de la primavera del 36 (en la *Gaceta* y en la calle)” desmantela el tópico de que el caos, la anarquía y la violencia de los meses previos a la insurrección con la consiguiente tolerancia o impotencia gubernamental condujeron inexorablemente al enfrentamiento fratricida. En su análisis combina el análisis de la importante movilización social y política que hubo en el país en esos meses para hacer cumplir el programa del Frente Popular, junto con la intensa actividad legislativa en un proceso de retroalimentación de ambas dinámicas. En este sentido se estudia la intensificación de las reformas sociolaborales, principalmente

la agraria, por presión de la calle pero también por la actuación parlamentaria. Tras la experiencia y decepción del primer bienio por la lentitud burocrática y el boicot de propietarios y patronos a las reformas, aparte de la paralización de las mismas durante el bienio radical-cedista, se intensificaron los repertorios de la acción colectiva para hacer cumplir las promesas electorales, considerando el momento como una oportunidad política histórica. Asimismo los gobernantes y diputados de izquierdas con sus decisiones querían calmar la impaciencia y canalizar legalmente las actuaciones de los trabajadores. Aunque los estudios agrarios locales confirman que en zonas tradicionalmente muy combativas como Sevilla, Granada o Jaén hubo menos huelgas que durante el gobierno republicano-socialista o que incluso en otros periodos anteriores de la monarquía de Alfonso XIII. Pero la protesta se hizo muy visible en la capital, Madrid, con huelgas de gran repercusión y duración como la de la hostelería o la de la construcción, amplificando en exceso el conflicto sociolaboral a nivel nacional. Sin embargo en ciudades como Barcelona o Zaragoza con gran tradición de lucha, los conflictos fueron menores, debido en buena medida al declive anarcosindicalista, según el autor. Tampoco se vivieron grandes altercados en urbes como Oviedo o Bilbao. Por tanto las circunstancias y los datos ofrecidos matizan esa imagen estereotipada de desmanes y violencia generalizada en el campo y en las ciudades asociada a ese breve período tiempo y justificadora del golpe militar.

En el último capítulo, “La «primavera trágica de 1936 y la pendiente hacia la guerra civil”, José Luis Ledesma desarticula la leyenda negra sobre los asesinatos y atrocidades que siguieron a las elecciones de febrero del 36 como preludio de la violencia de la guerra civil. Con esta construcción mítica o tropo, como le gusta decir al autor, no sólo se justificaba el golpe como lícito y necesario sino que se argumentaba la ilegitimidad de origen y de ejercicio del gobierno republicano, siguiendo el Dictamen de la comisión que se creó para tales efectos en el Ministerio de Gobernación en 1939. Esta cuestión nada baladí culmina en dilucidar la responsabilidad de la cruenta contienda, cargando todas las tintas sobre la izquierda en unos casos, o bien llegando a una equidistancia entre ambos bandos en otros enfoques. No se pueden negar los importantes episodios de violencia política y social que hubo pero siendo rigurosos con los hechos y el contexto. La mayoría de las víctimas, fruto de choques con las fuerzas de orden, fueron jornaleros, trabajadores y militantes de izquierdas, aparte de bajas falangistas, debido a su actuación violenta y desestabilizadora en milicias armadas. En cualquier caso no procede hablar de terror rojo, ni de violencia revolucionaria que forzosamente tenía que derivar en una guerra civil. Además la violencia de esos meses fue muy variopinta, respondiendo a conflictos sociolaborales, luchas políticas e ideológicas, cuestiones identitarias o simbólicas. Otro tema crucial es el papel del Estado republicano, así para unos fue muy débil, incapaz de defender el orden, y para otros, aparte de no reprimir los desmanes de las izquierdas, siendo incluso rehén o cómplice de ellas, fue implacable en la persecución de las personas de derechas, llegando incluso a acusar a las autoridades de culpabilidad en el asesinato de Calvo Sotelo. Es evidente que no resultó eficaz en el mantenimiento del orden público ni en desarticular la trama conspirativa, pero no se le puede acusar de todos los errores, incluidos unos y los contrarios a la vez. Además, muchos de los mensajes catastrofistas de entonces, reproducidos acriticamente por historietógrafos e historiadores, respondían a una estrategia política de acoso y derribo del gobierno y del régimen republicano para aceptar la solución de fuerza liderada por los militares. Por último, el autor insiste en que hay que distinguir claramente entre la violencia durante la República en paz y durante la contienda porque la guerra marcó un punto de inflexión que impide equiparar ambas violencias, o bien considerar la segunda como culminación de la primera.

A pesar de ser un libro colectivo, donde cada especialista expone su tema, el contenido está bien armado, hay referencias comunes a cuestiones interrelacionadas, pero sin reiteraciones o repeticiones excesivas. Es una obra de referencia para acabar con los múltiples mitos que acompañan el golpe del 18 de julio. Combina la investigación y la reflexión con una amplia bibliografía clásica y actualizada, a caballo entre un libro de divulgación y una monografía especializada. Será de gran utilidad para el lector curioso y ávido sin prejuicios, pero me temo que a pesar de lo riguroso de sus datos, argumentaciones y fuentes no va a servir para desmontar las construcciones falaces de los autores y defensores del mal llamado revisionismo, incluido el académico. Aunque igual tienen que modificar algo sus posiciones o sofisticar sus peregrinas exposiciones ya que muchas de las explicaciones que se dan en este texto torpedean la línea de flotación de las tesis esgrimidas por ellos.

Ana Martínez Rus
Universidad Complutense de Madrid.



■ Antonio César MORENO CANTANO (Coord.), *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Eds. Trea, 2013, 334 pp., Eduardo González Calleja (Universidad Carlos III de Madrid)

Moreno Cantano es un buen representante de la última generación de historiadores que está abordando desde perspectivas renovadoras el estudio de la política exterior del franquismo, sobre todo en su vertiente cultural. Tras la lectura en 2008 de su Tesis Doctoral sobre *Los Servicios de Prensa Extranjera en el primer franquismo (1936-1945)*, ha coordinado sendos estudios colectivos titulados *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936-1945)* y *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*. La presente obra remata, por tanto, una ambiciosa trilogía donde se proponen nuevas perspectivas y temas para el estudio de la política exterior española en tiempo de guerra: la influencia de las individualidades tanto de la carrera diplomática y como del partido único, los instrumentos de actuación exterior en perspectiva comparada (especialmente en el caso de las potencias fascistas), la recepción por parte de las opiniones públicas de los países de acogida (lo que incluye las comunidades de españoles emigrados) o los contenidos de esta acción cultural y propagandística. El autor-coordinador no se aleja un ápice de los temas clave que ha abordado hasta la fecha (la propaganda y la diplomacia conjugadas en la política exterior del primer franquismo), y aglutina a la sazón una serie de estudios de marcado contenido personalista (al menos en seis de los nueve artículos) que abarcan ámbitos geográficos muy concretos. A la hora de calibrar y redefinir la importancia de este tipo de propaganda, la integra en la política cultural exterior del franquismo por medio del análisis de iniciativas y misiones concretas. Si en *Propagandistas y diplomáticos* se centraba en países de Europa Occidental como Inglaterra, Francia, Bélgica o Italia, ahora el objetivo se dirige a Portugal, Filipinas, los Estados Unidos, Argentina o Uruguay.

El libro da cabida a estudios de diverso valor y contenido: desde los asuntos más generales a las peripecias individuales más concretas, pasando por las misiones, estructuras o redes específicas del aparato diplomático o de la sección exterior del partido único en distintos países. La aportación preliminar de Juan Carlos Pereira actúa como introducción general a la problemática, ya que hace a la vez un balance del estado de la cuestión historiográfica, de la situación actual de accesibilidad de los archivos (amenazada en el de Asuntos Exteriores, lo que contrasta con la disponibilidad de la documentación de Franco en el Centro Documental de la Memoria Histórica), de los rasgos fundamentales de la política exterior franquista (personalismo, indefinición programática, dependencia de la coyuntura internacional y de las grandes potencias...), de sus actores principales (Franco y sus ministros de Exteriores, de Jordana a Lequerica) y de su periodización más clásica. De todo ello se deduce algo obvio: que la etapa histórica que va de 1936 a 1945 resultó clave para la elaboración de una política exterior que siempre trató de soslayar el “pecado original” del apoyo de los fascismos a la causa rebelde durante la guerra civil.

Moreno Cantano estudia la propaganda de guerra de carácter religioso durante los conflictos civil y mundial. Aunque ambas conflagraciones tuvieron sus características específicas, el autor destaca la fuerte movilización de esfuerzos materiales e intelectuales de las potencias implicadas para librar una lucha de propaganda que tuvo como armas principales los libros y los folletos. Aunque el texto está quizás demasiado compartimentado y la primera parte (la acción característica de cada potencia en la guerra mundial) tenga poco que ver con la segunda (la propaganda religiosa en la guerra civil), Moreno Cantano revela los entresijos de cada campaña de guerra psicológica que era inseparable del esfuerzo bélico, y que tuvo su correspondiente lectura en el campo teológico. Con las

diferencias debidas a cada ideología, los beligerantes coincidieron sustancialmente en la sacralización de los conflictos (con el empleo generalizado del término “cruzada”) y la definición del propio país y la propia causa como elegidas por Dios. Quizás lo más destacado del trabajo sea el estudio de las estructuras de propaganda de los bandos beligerantes en la guerra civil, desde las Oficinas Católicas de Información Internacional de Zaragoza y Salamanca (que difundieron con eficacia la pastoral de Gomá *El caso de España* y la carta colectiva del episcopado español) a la Oficina de Propaganda Católica que los republicanos organizaron en París con el objeto de denunciar la postura de la iglesia oficial y recalcar la incongruencia del colaboracionismo del Nuevo Estado católico con la Alemania nazi, lo que generó un enojoso incidente diplomático con el Vaticano. A mi juicio, se podría haber comparado con mucho fruto esta etapa bélica con la de la Primera Guerra mundial en la denuncia de las atrocidades del enemigo, en la incidencia sobre el mundo musulmán o en la germanofilia que dominó en la mayor parte de la prensa española a través de la acción de la embajada y las agencias de noticias DNB y Transocean. Una preeminencia que trató de ser contrarrestada por Gran Bretaña desde la Religions Division del Ministerio de Información, cuyo representante en España era el periodista, diplomático y espía Tom Burns.

El estudio de la actividad política y propagandista del bando rebelde en Portugal durante la guerra civil que aborda Alberto Pena Rodríguez resulta pertinente por cuanto el país vecino se convirtió en el centro neurálgico de la acción antirrepublicana desde antes del estallido del conflicto, y porque una vez se puso en marcha la contienda fue la retaguardia y el centro de recepción de buena parte de los suministros bélicos que llegaban a las tropas insurgentes. El papel nodal que tuvo la “embajada negra”, especialmente desde la llegada de Nicolás Franco en mayo de 1938, aparece bien caracterizado en sus actividades de captación de voluntarios sufragadas por Juan March y de difusión de las consignas a los periodistas amigos (como Armando Boaventura, redactor jefe del *Diário de Notícias* y jefe de prensa del Ministério dos Negócios Estrangeiros) y a los diferentes medios de comunicación, especialmente el Radio Club Portugués y los diarios de mayor tirada, en una campaña de orquestación lanzada por medio de una marea de noticias favorables. Destacó la publicación de los diarios (no memorias, como dice el autor) de Azaña en lo que respecta al apoyo que otorgó entre 1931 y 1933 a los revolucionarios portugueses exiliados. La embajada también fue el punto de partida para la distribución de propaganda hacia América Latina y los Estados Unidos, y la actividad de Falange fue intensa a partir de 1938 a pesar de las habituales zancadillas de la legación diplomática. El gobierno de Salazar obstaculizó algunas acciones políticas de FET por los temores que despertaban su ideología y propaganda iberista, pero el apoyo ideológico y propagandístico a la causa franquista fue siempre incondicional.

La bien documentada semblanza que hace Luis Arias González del combatiente, periodista, espía y aventurero británico Peter Kemp no resulta demasiado relevante desde el punto de vista histórico, por la limitada trascendencia que tuvo este joven de rancia mentalidad tory (que descubrió en la guerra de España su vocación militar) para el aparato de propaganda de los sublevados. Pero sí se hace una aguda disección de la red de apoyos británicos al franquismo, formada por una heterogénea amalgama de conservadores tradicionalistas, filonazis, militantes de la British Union of Fascists, católicos, anticomunistas, aristócratas, militares eduardianos, ultraderechistas angloespañoles como Luis Bolín o el marqués del Moral (gran difusor de la mentira del golpe de Estado comunista previsto para agosto de 1936), neutralistas y apaciguadores, cuya movilización sólo arrojó a la hora de la verdad la ridícula cifra de 14 ó 15 voluntarios para la causa rebelde.

Rosa Pardo realiza la que, a mi juicio, es la mejor contribución del libro, ya que con su pericia habitual contextualiza a la perfección la trayectoria profesional de José María Doussinague, director general de Política Exterior y uno de los más influyentes diplomáticos de la etapa 1933-1946. Católico de mentalidad muy conservadora, cercana al tradicionalismo político, Doussinague fue sobre todo un profesional capacitado, enormemente trabajador y comprometido con la reforma de la carrera y de su instrumento fundamental: el cuerpo diplomático y consular. También diseñó sucesivos planes de política exterior que otorgaban una especial importancia al neutralismo y al reforzamiento de la vinculación hispanoamericana. Trabajó sin problemas los gobiernos republicanos hasta mediados de

1934, elaborando entre otros el famoso “Plan P” de cooperación y solidaridad con las repúblicas hispanoamericanas que tenía el designio de conducir a la creación de un bloque internacional donde España tendría un papel preeminente. La guerra civil le sumió en una deriva de radicalismo antiliberal. Tras pasar la depuración en noviembre de 1938 y ser descendido de categoría, el 5 de mayo de 1939 envió a Jordana uno de sus planes de política general hispanoamericana centrada en la recuperación del favor de las colonias de emigrados a través de una campaña de contrapropaganda basada en el catolicismo que contrarrestase las proclamas antifascistas de los republicanos exiliados. A mediados de 1940 propuso un “Plan D” de iniciativa de los neutrales (con Estados Unidos y Pío XII) para detener el curso de la guerra mundial, iniciativa que volvió a plantear a fines de 1942 tras la caída de Serrano Suñer, pero cosechó un nuevo fracaso que determinó un nuevo acercamiento a América Latina y una etapa de concesiones a los Estados Unidos.

Florentino Rodao revisa la figura de José del Castaño Cardona, personaje que ya trató *in extenso* en su reciente libro *Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra Civil española desde Filipinas* (Granada, Comares, 2012). Castaño fue el responsable de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange desde la unificación política de abril de 1937 a su cese el 27 de mayo de 1939. Tras su nombramiento en noviembre de 1940 como cónsul general en Manila, desde mediados de 1941 vivió el acoso americano al Eje, la transición a la independencia filipina y la ocupación japonesa. Su trayectoria refleja como pocas la radicalización de los diplomáticos españoles de los años treinta y cuarenta desde un vago monarquismo institucional a una decidida apuesta por la fascistización de la acción exterior bajo el predominio de la Falange. Castaño defendió de forma acérrima los intereses del partido sobre los del Ministerio de Exteriores, y experimentó una fascistización que el autor opina (p. 189) que fue menos ideológica que organizativa. Sin embargo, no creo que, como asevera Rodao, los falangistas y los diplomáticos representasen culturas políticas diferentes y a la larga incompatibles, sino que como ocurrió en el caso italiano, mostraban diferentes estadios de fascistización dentro de una actitud de básico consenso respecto del régimen franquista. “Falangistización” que, por ejemplo, también abordaron José Antonio Giménez-Arnau en la Delegación Nacional de Prensa y Dionisio Ridruejo en la de Propaganda.

Misael López Zapico juzga que la historia de Falange en los Estados Unidos fue un desastre sin paliativos. Aunque su estudio arroja poca más luz que los trabajos anteriores, abordados por Marta Rey, Francisco Blanco Moral o Antonio César Moreno Cantano, y muestra en los antecedentes una deuda sistemática con los trabajos de Aurora Bosch sobre las relaciones entre España y la gran potencia norteamericana, al menos presenta la novedad de hacer un análisis pormenorizado del contenido del periódico *Cara al Sol* de Nueva York. Las razones que se aducen al fracaso de la iniciativa falangista resultan obvios: los enfrentamientos entre las distintas fuerzas que apoyaron el golpe de 1936 (Falange exterior *versus* representación diplomática), el escaso peso de la colonia española en los Estados Unidos (unos 60.000 individuos, concentrados en Nueva York y California), la radical ignorancia de la opinión pública norteamericana sobre España, la falta de ambiente político para un movimiento totalitario de esta índole y la creciente hostilidad que fue manifestando la administración Roosevelt a partir de las sucesivas conferencias panamericanas de Lima (1938), Panamá (1939) y La Habana (1940).

La semblanza que María Jesús de Cava Mesa hace del diplomático Juan Pablo de Lojendio (representante cualificado de esa “facción vasca” que actúa en el entramado diplomático español desde el siglo XVIII, y candidato cedista en las elecciones de 1936) en sus destinos argentino y uruguayo entre 1936-1939 y 1944-1948 sigue la misma línea de las de Doussinague o Castaño, pero está peor documentada que las anteriores, con el agravante de hacer referencia a autores cuyas obras luego no se citan. En todo caso, resulta atractiva la caracterización del comportamiento público del personaje (el buen gusto como elemento de distinción según la terminología acuñada por Pierre Bourdieu, al que se añade la capacidad de interlocución con actores elitistas gubernamentales y no gubernamentales), lo que no le impidió actuar de manera extremadamente combativa en apoyo de las tesis del gobierno franquista, que trató de impulsar una política generalista, dirigida a restaurar objetivos socioculturales comunes, para reinstaurar la bilateralidad de los contactos con los

interlocutores sudamericanos tras la Segunda Guerra Mundial.

Por último, Antonio Cañellas Mas analiza las implicaciones políticas de la actividad académica del profesor Vicente Rodríguez Casado, uno de los impulsores de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla en 1942 y de la Universidad de Verano de La Rábida en 1943. La exégesis que se hace de la obra historiográfica de este historiador aparece contextualizada en la sucesión de empresas político-culturales en las que tomó parte desde la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Tras efectuar una disgresión poco justificada —por obvia— en torno a los antecedentes del americanismo conservador español, el autor estudia su proyecto de americanismo culturalista que entroncaba con el conservadurismo católico de raíz menedezpelayista. Pero fue, a su juicio, un proyecto propio e independiente, que cimentó en su prestigio profesional y en sus excelentes relaciones con las más altas instancias del régimen franquista.

De los 400 miembros de la carrera diplomática, sólo unos 40 permanecieron leales a la República. La base humana de la política exterior del franquismo figuraba, pues, en los escalafones de los años veinte y treinta. Por eso resulta muy necesario abordar el estudio integral de estos personajes de segunda fila.



■ Diego CARO CANCELA, *Diego: Cien años de socialismo en Andalucía (1885-1985)*, Cádiz, Quorum Editores, 2013, 718 páginas por Alberto Ramos (Universidad de Cádiz)

Comienza Diego Caro este importante trabajo sobre el socialismo en Andalucía recordando una aseveración que, cuando estudiábamos historia y nos iniciábamos en la investigación historiográfica, se repetía de forma constante y casi unánime: el movimiento obrero, en la Andalucía contemporánea, se identificaba con el anarquismo milenarista que protagonizó algunas de las alteraciones sociales más llamativas de los siglos XIX y XX. En este sentido, recuerda Caro el peso que tuvieron trabajos clásicos como los de Eric Hobsbawm (*Rebeldes primitivos*, 1959) o Gerald Brenan (*El laberinto español*, 1943) –libros, por otra parte, de tardía traducción en España–, que, prácticamente, planteaban que el anarquismo encajaba, casi a la perfección, con el carácter de los andaluces, con momentos de “euforias revolucionarias” alternados con otros de “profunda depresión”, lo que provocaba la teórica desaparición de las organizaciones obreras. Y recuerda cómo esta idea predominó en las lecturas y los trabajos de investigación hasta que en 1976 Antonio María Calero publicara su *Movimientos sociales en Andalucía 1820-1936*, un libro breve, una síntesis brillante, que desmontaba ese mito que unía “Andalucía” y “anarquismo”, demostrando que existieron dos corrientes ideológicas en el obrerismo andaluz, por una parte la del anarcosindicalismo, muy bien estudiada por Jacques Maurice, predominante en provincias como Cádiz, Córdoba, Málaga y Sevilla, que propició momentos tan atractivos para los investigadores como el cantonalismo de 1873, los aparición de La Mano Negra, el asalto campesino a Jerez de 1892 o los sucesos de Casas Viejas de 1933; y otra socialista y ligada a la UGT, fundamentalmente en la zona oriental y en el foco minero onubense, que, en comparación con episodios tan estelares protagonizados por el anarcosindicalismo, quedaba casi oculta, como señalara en su día María Dolores Ramos.

A partir de aquí surgieron trabajos de interés, pero que, salvo una síntesis de José Manuel Macarro, se limitaban a analizar trayectorias locales o provinciales del movimiento obrero, y, salvo alguna excepción y en períodos muy concretos de la historia de Andalucía, la implantación del socialismo, una tarea en las que en los últimos años se ha ido profundizando. En este sentido investigaciones de Luis Garrido, Antonio Nadal, Julio Artillo, Manuel García Parody, Ángeles González, Fernando Martínez, Rafael Gil, Mario López o Manolo Morales nos han permitido aproximarnos a los casos de Jaén, Córdoba, Granada, Almería, Sevilla o Málaga, a lo que hay que sumar los trabajos del propio Diego Caro sobre Cádiz.

En medio de este panorama de investigaciones generalmente destacables, se hacía necesario un estudio de conjunto, una investigación que nos permitiera conocer y comprender cómo se produjo la implantación -en algunos momentos la reconstrucción- y el desarrollo orgánico e institucional del socialismo en Andalucía, es decir, y usando palabras del autor, conocer la historia de la “Andalucía

socialista”, en un marco cronológico que abarca cien años, desde 1885, cuando se funda la pionera Agrupación Socialista de Málaga, hasta 1985 cuando, gobernando el PSOE de forma hegemónica, culmina la construcción de la Comunidad Autónoma de Andalucía.

El libro que reseñamos consta de tres partes claramente diferenciadas y desiguales en extensión, pero iguales en la intensidad del desarrollo historiográfico: 330, 90 y 200 páginas respectivamente.

La primera parte que abarca desde los orígenes, allá en 1885, hasta 1936, nos advierte el autor que es una versión resumida y actualizada de un libro, no venal y de escasa difusión, que el mismo publicó en el año 2006: *Los socialistas en la Historia de Andalucía, tomo 1. La construcción del Partido Obrero en Andalucía 1900-1936*, (Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2006). Y para que no queden dudas, titula este primer apartado igual, aunque ampliando, lógicamente, la cronología “La construcción del Partido Obrero en Andalucía (1885-1936)”,

Arranca esta primera parte recordando los antecedentes, o lo que es lo mismo, el papel que jugaron los primeros socialistas utópicos andaluces en la difusión de estas ideas, tarea en la que fue esencial el núcleo fourierista gaditano –difusor del pensamiento de Owen, Cabet y, por supuesto, Fourier- y en el que destacaron figuras como Joaquín Abreu, Manuel Sagrario de Beloy, Rafael Guillén o Ramón de Cala, así como el periódico El grito de Carteya, o el proyecto de falansterio en el Tempul.

Y de inmediato se introduce Caro a explicar lo que denomina “debilidad” de la primera expansión socialista en Andalucía, expansión que se vio condicionada por la grave crisis agrícola de fines del siglo XIX y principios del XX y los errores, cometidos en parte por una falsa percepción de la problemática del latifundismo andaluz y las discutibles, cuando no ilusorias, alternativas que en ocasiones ofrecieron para resolverla. Afirma Diego Caro que sólo la llegada de un profundo conocedor de la situación de los trabajadores del campo, Fernando de los Ríos, a las filas del Partido, en un momento que coincide con la grave crisis socioeconómica del trienio 1918-1920, posibilitó un cambio radical de la situación que puso los cimientos de la gran organización lograda durante la Segunda República.

De esta manera se pasará de la fragilidad de las primeras organizaciones surgidas a partir de 1885, que padecen fracasos electorales –en parte debido a la perversión del sistema caciquil que dominaba las elecciones-, como ocurrió en 1891, fracasos que continúan hasta que en 1905 el PSOE obtiene su primer concejal en Andalucía, y el 1919 Fernando de los Ríos se convierte en el primer diputado socialista por Andalucía. El cambio de trayectoria se vio favorecido por la expansión del asociacionismo ugetista y la aparición, en 1903, de la Federación Agrícola Andaluza que se integrará en la UGT. Un despegue lento que se acelera y consolida a partir de 1919 y que, pese a la beligerancia del sistema caciquil contra los socialistas y la represión contra las organizaciones obreras, se revitaliza al final de la dictadura de Primo de Rivera, y conoce su mayor auge en la Segunda República, en cuyo primer gobierno se sentaron tres socialistas, Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Fernando de los Ríos.

En la segunda parte “Guerra, represión y reconstrucción del Partido Socialista en Andalucía (1936-1975)”, comienza analizando el papel que desempeñan los socialistas en las dos Andalucías de

la Guerra Civil. Una etapa marcada por el crecimiento socialista en la zona republicana, pero también por la descoordinación, los enfrentamientos y las divisiones internas que terminó con la derrota militar y la brutal represión que ejerció la dictadura franquista sobre toda la izquierda política y sindical, pero volcada con especial ensañamiento también contra los cargos orgánicos e institucionales del PSOE y la UGT por lo que habían representado de resistencia en defensa de la legalidad republicana. Se trataba, simplemente, de intentar aniquilar al PSOE en Andalucía y en España. Las represalias en plena guerra y la represión sistemática, al final de la misma y en el comienzo de los años de la paz franquista, tiñeron de sangre y dolor el territorio andaluz. Aunque en muchas ocasiones, pese a la dureza represiva y al sufrimiento, no se perdió la dignidad. Y en este sentido me quedo con la imagen, de principios de agosto de 1936, de un grupo de mujeres de Montilla, rapadas, a las que se les obligó a fotografiarse saludando al estilo fascista: la mayoría de ellas tienen el brazo estirado, pero inclinado hacia abajo o al frente, evitando saludar brazo en alto.

La dictadura franquista y su aparato represivo propiciaron que muchos tuvieran que exiliarse, pero también otros muchos, a base de sacrificio y muestras de heroísmo, lograron mantener unas frágiles estructuras políticas que guardaron el legado socialista hasta que ya en la década de los sesenta del siglo XX, poco a poco, algunos grupos de jóvenes se acercaron a los veteranos, tomando el relevo en la reorganización clandestina del PSOE, hasta concluir con una auténtica refundación a nivel nacional, en la que el protagonismo del núcleo sevillano jugó un papel decisivo, de manera que entre la reunión del Comité Director de Bayona en 1969, a la que asistieron invitados Rafael Escudero y Felipe González en representación de los sevillanos, y el mítico Congreso de Suresnes de 1974, el PSOE vivió una auténtica transformación interna, con especial protagonismo de militantes andaluces que coparon la tercera parte de la nueva ejecutiva.

En la tercera parte, “De la clandestinidad al gobierno de Andalucía (1975-1985)”, Diego Caro radiografía, en primer lugar, el proceso de reconstrucción del PSOE en la región tras el final de la dictadura franquista. Aparecen en el relato historiográfico las personas que lo protagonizaron en las ocho provincias andaluzas, un relato muy riguroso en el que el autor evita tentaciones afectivas –que no hubiesen deslegitimado su trabajo-, por ejemplo, al hablar del caso gaditano. Un proceso, el de la reconstrucción del partido en Andalucía, en el que destacó, por su resonancia, pese a las restricciones impuestas por el gobernador civil, el homenaje a Julián Besteiro en Carmona en 1976.

A partir de ahí y de la celebración, en diciembre de ese mismo año, del 27 Congreso del PSOE en Madrid –al que acudieron los principales líderes de la socialdemocracia europea-, la consolidación del partido parecía imparable. Así en Andalucía se afianza por primera vez una organización socialista regional que fue fundamental para los éxitos electorales en las diversas circunscripciones andaluzas, un éxito que aparece ya en las elecciones de 1977 en las que el partido socialista ganó en Andalucía con el 35,2% de los votos, seguido de quien obtuvo la victoria a nivel nacional, la UCD, con un 34,1%.

La consecuencia de ello es que será el partido socialista en Andalucía quien lidere la construcción de la autonomía andaluza, y serán los socialistas, con Rafael Escudero al frente, quienes trabajen para conseguir una autonomía plena para Andalucía con los mismos derechos que tenían otros territorios del Estado. Este, y no otro, es el motivo que provoca, en buena parte del imaginario político andaluz, una identificación entre la política socialista y los intereses generales del pueblo

andaluz, y es lo que, como razona Diego Caro, explica la larga hegemonía política que el PSOE ha alcanzado en Andalucía.

El libro tiene un epílogo sobre la convocatoria de elecciones de 1986, aunque antes se trata el referéndum sobre la OTAN que tuvo consecuencias sobre lo que ocurrió posteriormente. En el doble proceso electoral, nacional y autonómico, el partido socialista obtuvo resultados muy diferentes: el PSOE perdió un 17,8 por ciento de los votos obtenidos para el Congreso de los Diputados y en la convocatoria para el Parlamento Andaluz, un resultado que se interpretó como el intento de evitar la mayoría socialista en Andalucía, tendencia que cambiaría posteriormente.

Diego Caro concluye su excelente trabajo con una reflexión sobre la trayectoria del partido socialista, unas páginas que, por sí mismas, ya justifican la lectura de esta obra que, no me cabe duda, se va a convertir en imprescindible para conocer no solo la trayectoria del partido socialista, si no para comprender la historia política de la Andalucía contemporánea.

Alberto Ramos Santana
Universidad de Cádiz.



■ Irene MURILLO ACED, *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de postguerra, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 2012, 216 págs. por **Óscar Rodríguez Barreira** (Universidad de Almería)

Recientemente, en una valoración sobre las características de la última generación de investigadores del franquismo, defendíamos que una de sus características más interesante, y valiosa, era su declarado interés por tomar en consideración el “valor político de las acciones cotidianas”. Una perspectiva ligada estrechamente a la necesidad de trascender el enfoque de la historia social del franquismo como una historia de las víctimas (*El Franquismo desde los márgenes*, Lleida, ULI & UAL, 2013, pp. 11-28).

Autores como Ana Cabana, Sofía Rodríguez, Jorge Marco, Claudia Cabrero o, más recientemente, Carlos Fuertes, Eider de Dios, Daniel Oviedo o, claro está, Irene Murillo se han destacado por enfatizar la capacidad que tuvieron las capas populares para sobrellevar la situación adversa que les tocó vivir convirtiéndose en protagonistas de la historia y de sus vidas. El libro que aquí reseñamos: *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945* es un ejemplo de ello.

Fruto de un trabajo de investigación destinado a la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, *En defensa de mi hogar...* utiliza las técnicas de la historia de la vida cotidiana y debate las principales tesis y aportaciones teóricas de la historiografía postcolonial y de género a fin de leer “a contrapelo” la “crónica hostil” que nos ha legado el franquismo, una documentación “singularmente hostil, velada, parcial y antifeminista”. Esa estrategia de investigación y lectura permite a Irene Murillo poner en entredicho “el axioma que observa a los vencidos en la guerra civil como un bloque indisoluble de súbditos silenciosos y sometidos” ofreciéndonos un relato de la postguerra en el que las experiencias, acciones y normas morales de las de abajo representan el papel principal.

Como decíamos, *En defensa de mi hogar...* se nutre, fundamentalmente, de documentación punitiva. La principal fuente primaria son los expedientes generados por el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza. No obstante, Murillo Aced también utiliza otras fuentes como los fondos de justicia ordinaria de diversas localidades aragonesas (La Almunia, Caspe, Calatayud, Ateca...), los expedientes gubernativos del Gobierno Civil durante el periodo 1936-1945 así como diferentes causas de la justicia militar conservadas en el Archivo del Juzgado Togado Militar nº 32. Unas fuentes primarias ya analizadas en otros trabajos –incluidos en su mayor parte en la bibliografía– que se revelan en todo su potencial gracias al ánimo que guía las preguntas que les realiza la autora. Un ánimo que no tiene como objetivo contabilizar y describir a aquellas que sufrieron la “justicia del revés” y la miseria de postguerra como mostrar qué estrategias pusieron en marcha para “resistirlas”.

En defensa de mi hogar... está estructurado en tres capítulos: 1) “Represión económica y expropiación legal”, 2) “La represión indirecta y la dignidad de las viudas” y 3) “Rehabitar la cotidianidad”. El primero de ellos resume las características principales de la guerra civil –y la violencia asociada a ella– en Zaragoza, explica los principios jurídicos y el despliegue de la Ley de Responsabilidades Políticas y la Comisión de Incautaciones en Aragón, analiza las especificidades de la aplicación de esta legislación sobre el colectivo femenino zaragozano describiendo las principales características demográficas y sociales de las mujeres que se vieron afectadas por la misma y, finalmente, concluye mostrando las diferentes formas con que esas mujeres se defendieron del Tribunal de Responsabilidades Políticas y cómo estas maneras enraizaban en las normas e imaginarios populares de sexo-género.

El segundo capítulo –“La represión indirecta y la dignidad de las viudas”–, a nuestro juicio el más innovador e interesante, pone su foco de atención sobre uno de los sujetos colectivos más débiles de la postguerra: el de las viudas de las víctimas del franquismo. Unas mujeres que, a pesar de su situación de extrema indefensión, supieron hacer de la necesidad virtud aprovechando las pequeñas grietas del discurso del poder y las propias contradicciones de la legislación franquista para plantear sus quejas y demandas con la intención de aliviar sus penurias. Irene Murillo bucea entre los pliegos de descargo de los numerosos expedientes de Responsabilidades Políticas a fin de comprender los valores, y la lógica de sexo-género, en los que se sustentaba su argumentario. Quejas y planteamientos muy variados en fondo y forma que bien se apoyaban en las costumbres y el derecho consuetudinario –como el uso que hicieron las viudas del Apéndice Foral Aragonés– bien en el propio preámbulo de la Ley de Responsabilidades Políticas o, incluso, en la religión, y valores de género, de la dictadura –presentándose a sí mismas, y a su prole, como sujetos merecedores de piedad y misericordia–.

El tercer y último capítulo –“Rehabitar la cotidianidad”– transita un lugar cada vez más conocido, pero no por ello menos fascinante, por la historiografía del franquismo: el de la “lucha cotidiana” por la subsistencia. Atendiendo a la extrema situación socioeconómica vivida en la Zaragoza de postguerra la autora se sumerge en la precaria situación laboral de las mujeres y analiza las causas de la emigración interior femenina. También atiende a otras estrategias de subsistencia muy habituales como la estafa, el mercado negro y los delitos contra la propiedad. Finalmente Murillo Aced se pregunta por las estrategias seguidas por las mujeres para no pagar las multas impuestas por el Tribunal de Responsabilidades Políticas valorando cuáles, y hasta qué punto, tuvieron éxito.

En defensa de mi hogar y mi pan concluye sus páginas remarcando su principal contribución teórica y empírica a los análisis del franquismo: el de la necesidad de trascender la historia social del franquismo como una “historia de las víctimas”. La víctima como categoría histórica “presenta una dificultad analítica implícita, esto es, el peligro de adentrarnos en un campo estéril que redunde en la dominación y represión que generó la dictadura, olvidándonos así de prestar atención a los procesos de reconstrucción de las vidas, las identidades y las cotidianidades tras el trauma” (p. 179). Una aportación historiográfica de enjundia que hace de este libro una lectura muy recomendable e introduce a la historiografía del franquismo en uno de los debates más fructíferos de la historia postcolonial y de sexo-género.

Óscar Rodríguez Barreira
Universidad de Almería.



■ **Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976), Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013, 447 páginas por Alejandro Pérez-Olivares García (Universidad Complutense de Madrid)**

Hay que celebrar la publicación del nuevo libro de Claudio Hernández Burgos, fruto de su tesis doctoral, principalmente por dos motivos. Primero porque continúa la consolidación de los estudios sobre apoyos sociales bajo la dictadura franquista, una línea de investigación que ha dado en los últimos años fructíferos resultados. Y segundo, porque lo hace complejizando aún más esta espinosa cuestión. Franquismo a ras de suelo es un libro esperado desde que hace tres años ofreciera al público Granada azul, donde ya apuntaba algunos temas desarrollados ahora en profundidad. Pero se equivoca quien piense en una mera continuación con lo anterior: el nuevo libro del historiador granadino representa una gran exploración temática, metodológica y cronológica.

Tres ámbitos estrechamente relacionados, puesto que como afirma el autor, si el libro trata principalmente las actitudes sociales durante el franquismo la labor del historiador es situarlas en sus contextos específicos. La larga duración de la dictadura, aparte de por la represión, el miedo y el control social, se explica por los apoyos que generó y la desmovilización social que intentó llevar a cabo. Es en este sentido como tenemos que interpretar los discursos, las prácticas políticas o los cambios generacionales que se dieron en ella. Desde la Rusia estalinista a la Francia de Vichy, la mirada comparada ha demostrado la ineficacia de considerar Estado y sociedad como dos entes aislados, lo que nos lleva a la necesidad de conceptualizar su relación de un modo más complejo: consenso, aceptación, resistencia, consentimiento... Quizá interrogarse acerca de las actitudes sociales, en sentido amplio, sea una solución, pero lo importante es que esto nos lleva a atender a los sujetos, sus contextos de socialización, sus representaciones y motivaciones de acción individual o colectiva. Una de las apuestas de Hernández Burgos en este libro es derribar las barreras entre la historia política desde arriba y la historia social desde abajo a través de la intersubjetividad. Así, aparecen unas dinámicas relaciones de poder alimentadas no sólo por los discursos y prácticas desde el Estado. Aquí es donde se muestra como necesidad metodológica el uso exhaustivo de los testimonios orales y los recursos de la población para significar esos discursos y entender su mundo cotidiano, el que el régimen trató de colonizar.

Unas experiencias que tienen en la movilización durante la guerra civil su primer contexto explicativo, el primer momento en que el enfoque "desde lo local" pone rostros a la construcción del régimen franquista. En la retaguardia granadina se vivieron procesos paralelos de nacionalización (franquista) y desnacionalización (republicana), que el autor interpreta a través de un concepto de cultura abierta, un terreno de lucha y negociación constantes donde la política tiene un papel preponderante. Así, la socialización política no se produjo únicamente en el frente, pues las

autoridades locales y nacionales gestionaron los miedos, los rumores y los intereses que enfrentaron comportamientos sociales variados y contradictorios. El libro no se centra únicamente en la producción del discurso, sino que se interroga por su recepción y reappropriación en el contexto de quiebra de la sociedad civil que supuso 1936. De esta forma aparecen unos apoyos sociales lejos de ser monolíticos, modulados por una guerra de tres años que la mayoría no quería.

¿Cómo encaja lo anterior con la represión fundacional de la dictadura, las políticas de exclusión y control social? ¿Cómo se mantuvo el abismo entre vencedores y vencidos? La existencia de una "cultura de la Victoria" excluyente, que el autor conoce bien, parece entrar en contradicción con estos procesos de negociación y con la formación de una realidad clave en el libro, las "zonas grises". Esta es una realidad incuestionable, que también puede definirse como la influencia del franquismo cotidiano en la resignación de posguerra, el acomodamiento en la década de los 50 y el disfrute de las migajas del crecimiento económico del desarrollismo en amplias capas sociales. Pero, ¿cuál fue su relación con otros procesos no menos importantes en el espacio público, como el monopolio de la coerción y la institucionalización del recuerdo de la guerra? ¿Operaron en conjunto? La desmovilización a través del miedo y los intentos de reconversión (nacional, espiritual) fueron los dos grandes proyectos políticos de la dictadura en la posguerra. Eso generó diferentes reacciones que quizá quedarían mejor dibujadas en un análisis estricto de la política local. Un análisis que sí aparece en el siguiente capítulo sobre la difícil construcción del franquismo, donde la primacía de los militares, los esfuerzos de Falange por construir su proyecto político o las fiestas entendidas como momentos de socialización y escenificación de las tensiones internas hablan más bien de una sociedad paralizada, que llegó a ser definida como "masa centrista" por el Movimiento. Las únicas oportunidades de interacción entre el Estado y la sociedad las ofrecieron la gestión del hambre y las estrecheces, donde la imposibilidad de criticar a las autoridades alimentó el afán por sobrevivir. La política de vivienda, balbuceante aún en los cuarenta, tampoco fue una baza en la estabilización del régimen, que sí se nutrió de los deseos de paz, el recurso al nacionalismo y el miedo al comunismo en el escenario de la Guerra Fría, objeto también del capítulo 5, que conjuga acertadamente los planos interno y externo.

Así, Claudio Hernández logra reivindicar la década entre 1947 y 1956 como un tiempo "con historia", escenario de procesos importantes de desmovilización, conformismo y, sobre todo, asentamiento del régimen. El fin del racionamiento y el aislamiento influyeron en las percepciones sociales y el mérito fue atribuido a Franco, salvado anteriormente de las críticas por el abastecimiento. Pero, ¿hasta qué punto la memoria unifica las "zonas grises" y los testimonios orales asumen y amplifican únicamente los discursos oficiales? El autor problematiza estas cuestiones y abre nuevos caminos a la reflexión sobre la comunicación entre élites políticas y sociedad desmovilizada. Un esfuerzo, qué duda cabe, que deberá ser continuado desde otras perspectivas temporales y espaciales. Es asimismo el momento en que resurge el proyecto falangista y su propuesta por abrir nuevos espacios culturales, por lo que queda matizada la derrota "azul" de 1941. Desde este punto de vista, la evolución del régimen se explica en dos planos: los enfrentamientos entre falangistas y nacionalcatólicos-opusdeistas y el acompasamiento de las instituciones del régimen a las actitudes de los españoles, sus necesidades y a la reconstrucción de unas clases medias identificadas con el creciente bienestar que les prestaba el franquismo.

Puede que los dos últimos capítulos, el 5 y el 6, sean los más controvertidos. El análisis centrado en las actitudes sociales deja paso a otro de corte más economicista: la explicación tradicional para los años 60 basada en la estabilidad desarrollista desdibuja el aporte novedoso de Franquismo a ras de suelo. Es aquí donde el enfoque "desde lo local" puede encontrar más grietas, precisamente porque Granada no termina de aparecer y prima el análisis macro, en un momento donde las clases empiezan a definirse más por el consumo que por el trabajo y el acercamiento desde las actitudes puede aportar más complejidad. La potencialidad del discurso de la paz y la labor proselitista del Estado, con un papel crucial de las mujeres de Acción Católica (rescatado por el autor), chocan con la conflictividad social de la década, que llegó a ser, como se afirma, "un elemento más del propio régimen franquista". Ni las políticas desde el poder, que en manos de los sectores tradicionalistas pretendían armonizar una cierta modernización técnica con la salvaguarda del orden, ni el predominio en el espacio público que los falangistas buscaban para llegar a la sociedad civil lograron una estabilidad duradera para la dictadura.

La incapacidad de las legitimidades de origen y ejercicio para hegemonizar las zonas grises se puso de manifiesto en los años del tardofranquismo. En perspectiva, ¿qué equilibrio político produjo el Plan de Estabilización? La institucionalización del Movimiento no pudo hacer nada respecto de una guerra civil cada vez más lejana, un crecimiento económico muy desigual y un caudillo abocado irremediablemente a la desaparición. Los años 70 quedan explicados de una manera menos mecánica, donde prima la agencia, se relativiza la extensión de la cultura de la protesta y los movimientos contraculturales y surge con plenitud un escenario de confrontación que explica los límites de la sociedad civil desde los primeros años de la Transición. La conquista de los espacios de libertad no puede obviar la operatividad de las "zonas grises" en un proceso discontinuo, irregular y no lineal de construcción de la democracia tras cuarenta años de dictadura.

Es de alabar el trabajo de Claudio Hernández Burgos. Recoge los debates de la última década acerca de la implantación del régimen franquista y los amplía al renovar los temas, las fuentes y las cronologías que explican la dictadura. Con Franquismo a ras de suelo, el lector se siente en todo momento invitado a la discusión, al margen de explicaciones complacientes y siempre cercano a los sujetos históricos. No extrañará a nadie que la agenda investigadora de los próximos años continúe líneas abiertas en este libro.

Alejandro Pérez-Olivares García
Universidad Complutense de Madrid.



■ Anacleto PONS, *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI, 2013, 318 páginas, por **Antonio Castillo Gómez** (Universidad de Alcalá) antonio.castillo@uah.es

La velocidad con la que se suceden los cambios tecnológicos en esta época interpela directamente los modos mismos que operan a la hora de producir y difundir el conocimiento. Como acertadamente sostiene Anacleto Pons en la introducción a este libro, “si el pasado se torna digital, porque los nuevos vestigios que estudiaremos habrán sido originados por medios electrónicos o porque muchos de los viejos documentos habrán sido reconvertidos en dígitos binarios, tendremos que preguntarnos por las consecuencias e implicaciones de todo ello” (p. 13). Extendiendo a las humanidades lo que Orville V. Burton escribió en 2005 a propósito de la historia digital, ni esta ni aquellas pueden consistir en “escanear artículos académicos y ponerlos en línea o publicar el programa de un curso en la World Wide Web”. Se trata, por el contrario, de una revolución completa, “en todos los órdenes, en la investigación, en la docencia y en el uso cotidiano que para su trabajo hacen los historiadores [o los humanistas] de las bibliotecas y las bases de datos” (Orville V. Burton, “American Digital History”, *Social Science Computer Review*, 23/2, 2005, p. 207).

Ante semejante cúmulo de cambios, propio de un ámbito que aún se está perfilando, nada más pertinente que una obra de las características de esta, pensada como una “guía para historiadores y humanistas”. De las varias razones que se pueden esgrimir para saludar su publicación adelantaré un par. Por un lado, su autor, el profesor Anacleto Pons, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia, buen conocedor de los debates producidos en este territorio y de los vínculos entre la Historia, las Humanidades y la cultura digital, como demuestra asiduamente en las “páginas” de su blog *Clionauta*, (<http://clionauta.hypotheses.org>) y, más recientemente, a través de twitter (@clionauta_ap). Y por otro, la oportunidad del ensayo y su novedad en el panorama historiográfico español, donde en los últimos años han aparecido algunas contribuciones sobre textos digitales y libros electrónicos (Antonio Rodríguez de las Heras, Joaquín Rodríguez, José Antonio Cordón o José Manuel Lucía), pero no tantas sobre las implicaciones de la cultura digital en el quehacer de historiadores y humanistas.

Como especialista en la Historia cultural -no en vano es autor, al alimón con Justo Serna, de algunos títulos de referencia (especialmente, *La Historia cultural. Autores, obras, lugares*, 2013, 2ª ed.)-, Anacleto Pons, siempre atento a las aportaciones efectuadas por la Historia de la escritura, del libro y de la lectura, aborda las nuevas texturas digitales desde una perspectiva histórica, insertándolas en las coordenadas del pasado y estableciendo un continuo

diálogo entre este, el presente y el porvenir. Cambien o no las técnicas de trabajo, apunta en distintos lugares del libro, el oficio del historiador se mantiene anclado en lo sustancial del mismo. No hay variación ontológica, dice en otro pasaje, pero sí epistemológica, por lo que estamos obligados a reflexionar sobre las modificaciones que se están dando en las formas de producción y comunicación del conocimiento (p. 27). El significado de las operaciones designadas por los verbos escribir, leer, consultar y publicar, como expresión de otras tantas acciones de los oficios de historiador y humanista, se altera sustancialmente al conjugarlos en clave binaria, esto es, en la medida que realizamos dichas tareas a través del ordenador o de cualesquiera otra de las numerosas pantallas que habitan nuestra cotidianidad, no ya personal sino profesional. La mirada del historiador exige pensar esas actividades en su dimensión histórica, buscando sus antecedentes, cuando los hay, y sopesando constantemente la verdadera entidad de los cambios.

Tras una recorrido inicial por esa tierra de nadie que parecen ser las Humanidades Digitales, desde el proyecto elaborado por el jesuita Roberto Blesa en 1946 para confeccionar un *index verborum* de las palabras contenidas en las obras de Tomás de Aquino y otros autores relacionados con él, que podría considerarse como el primer acercamiento entre las humanidades y la informática, hasta las actuales *Digital Humanities*, nacidas en los años noventa; Analet Pons nos conduce por los nuevos soportes de lo escrito, las pantallas donde leemos y el modo en que lo hacemos (fragmentario, superficial, distinto a veces y otras menos), la escritura colaborativa, los nuevos archivos (con documentos que ni se ven ni se tocan), el conocimiento ramificado propiciado por el hipertexto y, cómo no, las nuevas modalidades de publicación y comunicación del saber generadas por la Red, concluyendo con un acercamiento a los centros y experiencias que mejor encarnan la Historia Digital, mayoritariamente anglosajones pero también algunos españoles.

Transitando entre el pasado y el presente, el autor aborda cada uno de esos asuntos desde una óptica desprejuiciada, calibrando logros y rémoras, pros y contras. Cuando se aduce que la fragmentación es una debilidad de la lectura en la pantalla, el autor trae a colación que Francis Bacon decía a finales del siglo XVI que algunos libros eran solo “para probarlos, otros para devorarlos y algunos pocos para masticarlos y digerirlos” (“De los estudios”, en *Ensayos*, 1974, p. 198), Si hoy día las redes sociales pueden arruinar vidas y carreras mediante difamaciones incontroladas, qué decir, anota, del papel desempeñado en otros tiempos por libelos, folletos, pasquines y rumores, tan magistralmente explicado por Robert Darnton en sus ensayos sobre la circulación de la información en la Francia prerrevolucionaria. En fin, si se trata de minusvalorar proyectos como la Wikipedia sin otra razón que su carácter anónimo, abierto y participativo, procede también recordar, como lo hace Analet Pons, que los errores e insensateces no solo campan por la Red, sino que igualmente los podemos encontrar en obras impresas. Incluso, me permito añadir, cuando detrás de estas se hallan instituciones de tanto abolengo como la Real Academia de la Historia (o tal vez por ello), sobradamente probado con el irregular y desnortado *Diccionario Biográfico Español*. No es cuestión, pues, de afirmar que nada ha cambiado ni tampoco que las nuevas formas de escritura y de lectura sean un simple remedo de otras anteriores. Sí de advertir que el conocimiento del pasado contribuye a entender mejor las mutaciones del presente.

Este es el territorio del historiador, obligado a reflexionar sobre las implicaciones y consecuencias de tales cambios en su propio oficio. Es obvio que las nuevas tecnologías conllevan una modificación de nuestras rutinas, de nuestras prácticas de trabajo. Si el objeto principal de la Historia, en cuanto que disciplina del saber, no varía esencialmente respecto a la formulación que de ella se hizo en el siglo XIX, puesto que ahora como entonces su cometido está en interpretar el pasado a partir de los vestigios que han sobrevivido de este, es indudable que nuestro acercamiento a estos se altera en la medida que su rastro podemos seguirlo a través de Internet, como también lo hace en el punto que la nueva tecnología se convierte en la herramienta fundamental con la que escribimos, investigamos y finalmente difundimos el conocimiento alcanzado. Asistimos, pues, a una de tantas transformaciones en la historia de lo escrito (Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, 2000), solo que ahora no cambia únicamente el soporte donde se escribe sino la escritura misma. En Internet, esta se evapora, se desintegra, de manera que tan solo existe al ser visualizada en una pantalla. Mientras tanto no es nada más que una combinación binaria, subordinada a la relación que establece con la fuente de energía que la recupera del espacio virtual. Esta fragilidad, empero, se contrapone con unos horizontes de difusión infinitamente superiores a los que han tenido los textos manuscritos e impresos en cualquier época de la historia.

En la medida que la investigación sobre fuentes primarias y la consulta de la bibliografía científica también se canaliza a través de los repositorios digitales surgen otros problemas derivados de los criterios seguidos en la digitalización del patrimonio escrito y en su descripción electrónica, de la sobreinformación y consiguiente *infoxicación* e incluso de la inestabilidad de la autoría. Pero también esto cuenta con antecedentes en otros momentos del pasado. Los recelos de los autores y la desconfianza a las vías de difusión abiertas por la imprenta estuvieron a la orden del día desde la aparición de esta a mediados del siglo XV. También entonces, y aún más en los siglos posteriores, públicos distintos fueron teniendo a su alcance, en formatos diferentes, informaciones y saberes que inicialmente habían estado más restringidos. En otro orden, ninguna descripción documental o bibliográfica escapa a los criterios de valor y jerarquía que rigen en cada momento, por lo que siempre ha habido textos claramente privilegiados y otros marginados, conocimiento sustancial y prescindible. Es cierto que ahora todo esto se desborda y adquiere dimensiones insospechadas, incluso con respecto a lo que pudo suponer la lectura extensiva a partir del Setecientos, pero también es verdad que las posibilidades de corrección son más inmediatas que antes. No se olvide, además, como argumenta Analet Pons en el capítulo que dedica a las viejas y nuevas formas de la documentación, que “elegir aquello que será objeto de archivo, descartar lo que no se considera apropiado y destruirlo [o encubrirlo bajo descripciones insuficientes, añadiría yo], supone no solamente delimitar los fondos, sino privilegiar cierta memoria social y el modo en que será mantenida” (p. 175). Ha ocurrido así históricamente y acontece también con el patrimonio documental y bibliográfico que constituye los archivos y bibliotecas digitales, toda vez que, pese a que la técnica lo permita, los recursos y el personal son limitados. Vale para los documentos y textos que conforman la memoria cultural, el archivo de la humanidad, pero igualmente para la abundosa literatura sobre ellos.

No es solo la rápida obsolescencia de los distintos dispositivos que usamos para

comunicarnos, leer, escribir o crear; sino la volatilidad de los propios contenidos, cierta condición efímera y una variabilidad que altera el patrón textual que ha regido nuestro modo de pensar durante siglos, sin que por ello todo sea radicalmente nuevo. Hasta en el reluciente campo de las Humanidades Digitales, por donde transita este libro, conviven iniciativas muy diversas y no siempre estrictamente innovadoras, susceptibles de combinar textos elaborados con los nuevos lenguajes junto a otros que no dejan de ser trampantojos analógicos. Más que un acrítico valedor de ellas, el autor de *El desorden digital* es consciente de que no podemos dar la espalda a la realidad y desde ese convencimiento nos conduce por el mudable ecosistema digital, de manera que sus reflexiones interesan tanto a quienes mejor se desenvuelven en el galimatías de los bits como a los más inexpertos e incluso escépticos. En medio de esta encrucijada, lo que hace falta, tal vez con mayor aplomo que en otros períodos, son guías como esta que orienten en la espesura digital y que ayuden a separar la paja del trigo: “el caos está asegurado –afirma Analet Pons-, pero ese ha sido siempre parte de nuestro cometido, introducir orden, dar sentido a la heterogeneidad de un pasado desaparecido y del que, sea como fuere, solo quedan huellas fragmentadas” (p. 195).



■ Shlomo SAND: *La invención de la Tierra de Israel. De Tierra Santa a madre patria*, Madrid, Akal, 2013, 286 páginas por Esther María García Monreal (Universidad Complutense de Madrid).

El historiador israelí, Shlomo Sand, ofrece con esta segunda parte de la trilogía que se propuso escribir sobre la enigmática invención de Israel, una obra, *ante todo historiográfica*, donde ha pretendido añadir y rellenar algunas lagunas de su libro anterior, «*La invención del Pueblo Judío*», publicado en 2008. Reconoce que también ha pretendido suturar aquellas brechas que pudieron quedar abiertas ante la crítica, y no repara en reconocer que fueron precisamente esas críticas las que le dieron la fuerza e inspiración necesarias para emprenderse en este segundo proyecto. Un proyecto de lúcida deconstrucción del mito de etnicidad y estado que el sionismo moderno de Theodor Herzl y sus más fieles seguidores han ido impulsando ininterrumpidamente desde su origen en 1896 hasta la actualidad.

Si en el libro anterior criticaba a un Estado etnocéntrico, en el nuevo se establece una aproximación crítica a la relación metafísica de los judíos con la Tierra Santa. Es un examen exhaustivo de todos los preceptos bajo los que se basa el sionismo colonizador. Su propuesta de solución al litigio (establecimiento de dos estados: israelí y palestino. No uno judío y otro árabe) la expone al final, en apenas cuatro páginas depuradas y directas, apoyándose en el discurso en torno al que ha articulado el libro: cinco capítulos, más un epílogo a modo de denuncia histórica, dedicados a los habitantes de al-Sheikh Muwannis, lugar donde se construyó la misma universidad de Tel-Aviv, y cuyo trágico destino (uno de los primeros pueblos asfixiados por la administración israelí debido a su posición estratégica) dio sentido a la escritura de la presente obra.

En el primer capítulo reflexiona sobre la construcción de patrias, lanzando la pregunta de si es un imperativo biológico o una propiedad nacional. Intenta librar al lector de posibles ideas preconcebidas respecto a la relación entre los espacios territoriales y los seres humanos que los habitan. Ahonda en los mismos principios del nacionalismo, en las entrañas del concepto de nacionalismo en sí. Acude al origen del término «patria» en los primeros escritos literarios de Homero y la evolución de la palabra a lo largo de la historia, de los matices que ha ido adquiriendo a través de la Grecia Clásica, la Roma Republicana o la Europa Moderna y Contemporánea de las Revoluciones Liberales. Demuestra que esa palabra –o concepto– nunca se ha utilizado en los textos de la ley religiosa judía, como los dos Talmud, el Midrash y la Mishná.

Con «*Mitoterritorio: en el principio, Dios prometió la tierra*», frase que da nombre al segundo capítulo, Shlomo Sand analiza, esta vez luciéndose en su conocimiento íntegro de la Biblia, el porqué del hecho de que teólogos con talento (John Calvin o William Perkins, entre otros) se hayan otorgado

una tierra a sí mismos, así como su empeño por la etnicidad pura del pueblo judío. En la *Declaración de Independencia de la Tierra de Israel* de 1948 se afirma que el pueblo judío siempre oró y aspiró a volver a su “Tierra Santa”, cuando en realidad, durante 1.600 años, los judíos creyentes nunca quisieron “volver” para no profanarla, puesto que era santa y no era digna de habitar, de desvirtuarla con la vida cotidiana. El mismísimo Talmud prohíbe ir a vivir a Palestina, porque es un lugar sagrado y sólo se contempla ir a Jerusalén para morir y ser enterrado en el Monte de los Olivos. Esto se debe a que según un Midrash del siglo XI, la resurrección y redención de los muertos empezará en esa colina donde una vez estuvo el Templo de Jerusalén. Claramente se percibe a lo largo del libro la preocupación que Shlomo Sand siente ante esta incongruencia, posiblemente condicionado por la historia de su bisabuelo ultraortodoxo, que no sionista, quien vendió todas sus pertenencias para ser enterrado en el Monte de los Olivos, dejando a su familia a la intemperie de la pobreza.

Con el tercer capítulo se centra en los motivos que han conducido a la peregrinación religiosa a Tierra Santa a lo largo de la historia y en la Declaración Balfour, así como en su estrecha relación con el protestantismo puritano de los siglos XVI y XVII. Rastrea para encontrar la primera referencia de enviar a los judíos a Palestina en ese período, en Inglaterra, y se ocupa del desarrollo de esa idea hasta el presente siglo XXI. Shlomo Sand llega a afirmar que la tan concurrida frase “*Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra*” no es judía, sino británica¹. En cuanto a las peregrinaciones, reflexiona - con cierta insatisfacción- sobre la hipótesis que Elhanan Reiner propone en un artículo («*Overt Falsehood and Covert Truth: Christians, Jews, and Holy Places in Twelfth-Century Palestine*» *Zion* 63, 2 (1998) y según la cual es posible que el interés judío por la peregrinación fuera producto de la competencia por la Tierra. Es decir, la pretensión cristiana de ser los únicos herederos del Antiguo Testamento, y por ello los que tenían derecho a controlar los activos territoriales que describe, despertó preocupación entre los judíos y desató un masivo movimiento de peregrinos a Israel. Shlomo Sand, en cambio, considera que el análisis de Reiner se queda corto ya que no explica por qué la peregrinación judía no empezó a florecer con anterioridad, en el siglo IV a.C. que fue cuando el cristianismo empezó a afianzar sus lazos y su control sobre la Tierra Santa. Añade, además, que el pensamiento judío se centró mucho más en la oración y en el diligente estudio de la ley religiosa judía que en la peregrinación a un territorio desconocido².

En el último capítulo se aborda de la conquista del espacio étnico ocupándose desde la respuesta del judaísmo a la invención de la patria y la geopolítica del sionismo bajo la ceguera moral, hasta la *Ley de inmigración estadounidense* de 1924 como hito clave para comprender el inicio del sionismo. Esta ley antiinmigración impidió la entrada de más judíos en Estados Unidos, cortando así una corriente migratoria de gran intensidad que a partir de ese momento debió de buscar un nuevo destino: la tierra prometida. Al contrario de lo que generalmente se cree, fue efectivamente a partir de 1924, con motivo de esa ley antiinmigración y bajo el mandato presidencial de Calvin Coolidge, cuando comenzó una emigración masiva a Próximo Oriente por parte de la población judía inmigrante y no

¹ La catedrática de Ciencias Islámicas, Gudrun Krämer, nombra con esta frase el cap. 6 de su libro «*Historia de Palestina: Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Madrid, Siglo XXI, 2006, una lectura obligatoria para todo aquel interesado en la realidad de este conflicto. Además, esta afirmación suele usarse como argumento absoluto y justificación de la ocupación de Palestina.

² S.Sand, *La Invención de la Tierra de Israel: De Tierra Santa a Madre Patria*. Madrid, Anagrama, 2013, p. 136.

tras la Segunda Guerra Mundial. Hasta ese momento emigraban a Occidente y sólo sesenta mil lo habían hecho a Palestina. El otro punto de inflexión en la emigración hacia la región fue la política antisemita nazi de la década de los 30, aunque el verdadero cambio de tendencia lo había desencadenado la citada ley antiinmigración.

Autodeclarado como un auténtico patriota del país que le vio crecer, advierte en la conclusión del quinto capítulo que caer en esa política de la memoria que está practicando Israel, basada en mitología bíblica y en prejuicios que se remontan al protestantismo puritano británico, sería traicionarse a sí mismo como *agente acreditado de la memoria*, es decir, como historiador. Uno de los logros del autor es el haber abordado este tema con naturalidad, algo que efectivamente confunde a sus compatriotas. De hecho, este libro no deja de ser un ataque a la historiografía sionista, quizás por eso Shlomo Sand suele justificarse parafraseando las palabras del filósofo y literato alemán Walter Benjamin cuando decía que *el historiador debe cepillar la historia à rebours*, a contrapelo. Se ha de comprender el hecho de que a un profesor de Historia de la Universidad de Tel-Aviv no le ha debido resultar fácil orquestar una obra que examina los preceptos bajo los que se asienta el «hogar nacional judío», su propio hogar y el de sus colegas historiadores. Él mismo se encarga de transmitirnos esa dificultosa tarea en la introducción del libro, en el que en tono personal, admite el rechazo al que se ha visto sometido desde la publicación de su primer libro y cómo ese rechazo no sólo ha traspasado a los planos social y personal, también al laboral.

Aunque el autor no lo haya concebido con ese propósito, la lectura de este libro puede provocar numerosas y variadas reacciones. Así, al ir leyendo el libro se va acrecentando en el lector la incomprensión hacia la política exterior que el gobierno de Israel lleva practicando más de 45 años sobre la población Palestina, asfixiada territorial y psicológicamente sin ningún tipo de derecho civil, sindical y político. Siguiendo los argumentos de esa memoria histórica israelí podríamos preguntarnos por qué los serbios no tenían pleno derecho sobre Kósovo y por qué los árabes no lo tienen ahora sobre España o por qué los indios americanos no expulsan a la población blanca de Manhattan. Los británicos también podrían expulsar a los normandos... Estableciendo estas comparaciones -¿quizás algo extremas?- queda clara que esa noción de derecho histórico al que se acoge el sionismo es un absurdo, un disparate. Este conflicto israelo-palestino lleno de matices y controversias, ha sido víctima -y sigue siéndolo- de sentencias irrevocables, de juicios variopintos y de la prescripción de fórmulas de solución. La intención del autor de este libro no ha sido esa, ni mucho menos, sino recorrer los caminos que condujeron a la invención de la Tierra de Israel, como un espacio territorial cambiante sometido al dominio del pueblo judío, *“un pueblo que -como he argumentado aquí brevemente y de forma más extendida en otras partes- también fue inventado a través de un proceso de construcción ideológica”* (p.28).

Para rematar, Shlomo Sand comienza el capítulo quinto con una cita de Albert Einstein que expone con gran claridad lo que el autor considera como una de las raíces del problema palestino-israelí. El físico alemán de origen judío le escribía las siguientes palabras a Hugo Bergman en una carta escrita el 19 de junio de 1930: *“Sólo la directa cooperación con los árabes puede crear una vida digna y segura [...] Lo que me entristece no es tanto el hecho de que los judíos no sean lo suficientemente inteligentes para comprender esto, sino más bien que no son los suficientemente justos como para*

quererlo.”

Se podría considerar que el esfuerzo del autor ha sido transmitir la idea de que la tragedia no debe convertirse en un elemento identitario. Su propuesta de formalizar una república laica, para todos, y no sólo para los judíos, satisface a la mayoría de especialistas dedicados a esta delicada casuística, y también a la que escribe.

Esther María García Monreal
Universidad Complutense de Madrid.



■ José-Carlos MAINER: *Falange y literatura. Antología*, Barcelona, RBA, 2013 (1971), 700 páginas, por **Carlos Hernández Quero** (Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria) chquero@hotmail.com

Los interesados en el fascismo español están de enhorabuena. Especialmente si el centro de gravedad de sus inquietudes bascula en torno a la recomposición de la historia intelectual del mismo. De manera creciente, desde mediados de los noventa en el gran recipiente de la producción científica española sobre el fascismo han ido encontrando cabida toda clase de perspectivas, han proliferado los trabajos que se ocupaban de áreas hasta entonces parcamente atendidas y se ha amplificado el mensaje de los historiadores con la eclosión de publicaciones y la tardía pero paulatinamente más tenaz mirada a los supuestos metodológicos de otras disciplinas y a las corrientes de estudio que circulaban en el continente. Pero si ha habido un ámbito temático que en concreto ha salido beneficiado del soplar de los nuevos vientos historiográficos, ése ha sido aquel que englobaba al sujeto fascista y al fascismo como fenómeno cultural. En los tres o cuatro últimos lustros, la historiografía española se ha afanado por proyectar un haz de luz cada vez más intenso sobre unas parcelas que no habían recibido más que algunos tenues destellos de atención y que hoy se juzgan, sin sombra de duda, como indispensables para desanudar la densa red de hilos que componen una experiencia laberíntica como la fascista. Desde un enfoque de historia cultural pendiente también de las sociabilidades, se ha marcado una agenda que ha estudiado la autonomía y configuración ideológica del fascismo, el concurso de intelectuales, la literatura, la profusión simbólica, la sacralización ritual o la escenografía mítica, elementos todos ellos que desempeñan un papel de primer orden en una cultura política como la fascista. Así lo testimonia el debate académico generado por los trabajos de un amplísimo elenco de autores.

Sin duda, el avance en el conocimiento de estas áreas tiene una deuda fundamental con José-Carlos Mainer, maestro y referencia de muchos de esos autores y cuya firma se ha estampado en algunos de los proyectos más relevantes de la historia de la cultura en España desde hace décadas. José-Carlos Mainer fue pionero en nuestro país a la hora de examinar de manera rigurosa el falangismo como una actitud intelectual que había segregado una nada desdeñable producción cultural. Lo hizo con la publicación de *Falange y literatura* en 1971 bajo el sello de la Editorial Labor. Mainer, entonces un joven de veintisiete años, presentó una selecta antología de textos de las principales plumas falangistas porticada por una introducción hábil y sobria que no se extendía más allá de las sesenta páginas, pero en la que quedaban apuntadas algunas claves interpretativas que han constituido el punto de partida de posteriores trabajos de detalle abordados por el propio autor.

Su *Falange y literatura* se convirtió pronto en una imprescindible herramienta para comprender el falangismo articulado en torno a dos principales vectores. De una parte, el libro ayudaba a entender el derramamiento del radicalismo entre los miembros de la juventud intelectual y la politización de

los ambientes más cultos como algo natural, como una extensión de los propios temas y entrañas artístico-sociales que la vanguardia y el arte nuevo habían abanderado. De otra, permitía hallar las fuentes y puntos de encaje que el nacionalismo español propugnado por los literatos seducidos por Falange tenía dentro de la cultura secular española y la utilización simbiótica que hicieron del capital ideológico de los clásicos reaccionarios, de la historiografía liberal y de algunas derivas noventayochistas. Sin causar un terremoto, por las cautelas que las condiciones políticas de emergencia del libro justificaban, sirvió para poner las primeras piedras de un edificio que se levantaba sobre campo yermo. Lo más que desde España se había ofrecido hasta entonces era una fotografía del falangismo ciertamente desenfocada, nacida al socaire de plataformas culturales del régimen e incapaz de llamar la atención en los circuitos académicos europeos: una narración panegírica que adoptaba un tono moralizante y cansinamente mítico y un desinterés generalizado por emprender estudios siguiendo una metodología propia del quehacer científico.

Publicada por RBA en otoño de 2013, la reedición que aquí se reseña conserva el título original, pero bien merece ser considerada como una obra de nuevo cuño puesto que ha sido profusamente aumentada y corregida. Así lo reconoce el propio autor en el prólogo. Mucho ha llovido, historiográficamente hablando, desde aquel 1971 en que se dio el pistoletazo de salida de la historia intelectual sobre Falange en España. Ahora, con su nueva panorámica general sobre el tema, José-Carlos Mainer parece querer cerrar el círculo y coronar cuatro décadas en las que el paisaje académico al respecto ha mudado enormemente, como pone de manifiesto la comparación entre los muy disímiles contextos de aparición de cada obra. Y es que en los años 2013 y 2014 los investigadores del fascismo no solo han podido saludar con entusiasmo el ensayo del catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza, sino que autores como Miguel Ángel Ruíz Carnicer, Ferran Gallego, Francisco Morente o Steven Forti han dado a imprenta materiales imprescindibles que incitarán y obligarán a repensar un vasto y transitado campo de estudios.

Pero volvamos a la obra. En la versión remozada de *Falange y literatura* José-Carlos Mainer presenta un esqueleto (introducción, bibliografía y antología comentada y clasificada en ocho apartados temáticos) y unos propósitos (“esbozar el paisaje de temas, actitudes y refugios que definen una experiencia fascista”) idénticos a los que impulsaron el guion primigenio, si bien lo que se ha alterado de una fecha a otra es su factura. Liberada ahora de cortapisas y sujeciones recomendadas por el clima político del momento. Mejorada por una reflexión más fluida e incisiva. Beneficiada, también, por el paso de un tiempo en que el autor ha cultivado y mimado con esmero los fundamentos de este trabajo con numerosos artículos o estudios sobre episodios parciales de la historia intelectual del fascismo español. Agraciada, finalmente, por el engrose del catálogo bibliográfico español al respecto y por el contacto con una abundantísima literatura europea que entiende el fascismo como fenómeno cultural transnacional, lo que ha posibilitado aplicar para casos tradicionalmente tenidos por periféricos, como el español, conceptos, definiciones y debates que eran de uso corriente en el conjunto del continente desde hace décadas.

El lector halla en primer término un análisis introductorio sobre el itinerario intelectual de la doctrina falangista que ha de ser contemplado en todo momento en estrecho diálogo con las consideraciones que preceden a cada uno de los apartados de la antología, puesto que el autor deja para esas páginas las puntadas más finas de todo cuanto ha venido sugiriendo en el cuerpo preliminar. Este cuerpo lleva por título un rótulo expresivo, “historia literaria de una vocación

política”, que pretende clarificar y adelantar una de las ideas sobre las que se articulan las ciento setenta páginas que componen la sección: que no existió nunca algo así como una fase o género literario falangista, sino que el nudo de afinidad entre los escritores y periodistas que presenta esta antología y que conformaron aquello que burlescamente el *fascistizado* Juan Antonio Ansaldo bautizó como “corte de literatos y poetas” para el período de preguerra o que Francisco Umbral categorizó como la tribu de “los laínes” para la guerra y la posguerra, fue estrictamente político, mas no estilístico. Una afinidad política falangista que Mainer define sin los ambages de antaño como la marca española del fascismo, una palabra que apenas formaba parte del vocabulario de la primera edición de la obra. Tampoco queda rastro de la fórmula “falangismo liberal”, que durante años hizo carrera en los medios periodísticos y académicos españoles y que hoy ha sido convenientemente refutada y señalada como un oxímoron por autores como Santos Juliá, Pedro Carlos González Cuevas o más recientemente por Francisco Morente.

Con una prosa limpia y expositiva, que invita a seguir leyendo, Mainer parte de unas interesantísimas reflexiones globales acerca de la genealogía del fascismo como fenómeno cultural –y no como una inoperativa entidad metahistórica-. El profesor Mainer lo describe como algo íntimamente vinculado a las transformaciones sociales y a las amalgamas e impugnaciones morales, filosóficas, estéticas y artísticas de fin de siglo y como episodio político entroncado con el escenario de una posguerra mundial salpicada de excombatientes, clases medias asustadas ante un eventual trasvase de la revolución rusa al resto del continente, liberales abatidos por un síndrome autoritario y fascinados por el decisionismo político y jóvenes que desafiaban con su sed de certezas y su acción directa el gélido clima de desorientación e incertidumbre de sus mayores. Esbozada esa panorámica, el autor trae a colación el caso español incidiendo en los elementos que limitaron el crecimiento del fascismo en nuestro país. A saber: el escaso éxito social de las campañas africanas, cuyas derrotas no fueron percibidas como una humillación colectiva; la ausencia de excombatientes desmovilizados y exasperados por los ritmos lentos del parlamentarismo; la falta de un enemigo racial interior; así como la inexistencia de resquemores internacionales fuertes. Pese a ello y aunque de manera algo tímida, a la altura de los años veinte y treinta los ecos italianos resonaron en España conjugando iconos culturales tradicionales y vanguardistas con un renovado fervor por los sentimientos de pertenencia y trascendencia, un visible apocaliptismo político y cierto aire de rebelión generacional. Valores al alza que también dominaban el *ethos* político de los jóvenes izquierdistas. En ese marco, el fascismo fue un signo más de la modernidad y se adueñó de las contradicciones y anhelos de la sociedad europea y española. Como tal, no fue leído de manera uniforme, sino que supo ofrecerse al mismo tiempo como un “ideal colectivo de redención” de la nación y de sus diferentes estratos sociológicos y como la “iluminación de la vida personal” de hombres de letras y artistas que vieron asediado su ADN por los temas y tramas iconoclastas que el nuevo movimiento preconizaba. Así, sostiene Mainer que el telón de fondo de su antología es compartido: todos los autores hablan de sí mismos y elevan al terreno de las solidaridades y afectos políticos una dimensión privada, emocional, sagrada, de salvación personal, de agonía, ahogamiento, nostalgia, fantasía o desazón. A fin de cuentas, los intelectuales son más propensos al nihilismo y al idealismo que los jefes políticos, ceñidos siempre por el corsé del realismo y la eficacia práctica. Más aún en el caso de nuestros fascistas, que según Mainer siguieron veredas muy personales e individualistas: fueron “francotiradores” dentro de la literatura española. Por esta razón, una de las señas de identidad del libro es el intento de inmersión en la psique y condiciones

sociales de cada autor con la finalidad de comprender mejor el diferente ‘aire fascista’ que respiran sus piezas literarias.

El itinerario dibujado por Mainer arranca de conectores culturales suprafascistas que proporcionaron a quienes profesaron el fascismo en nuestro país, temas y paisajes de los que trataron de apropiarse y buscaron desarrollar, reivindicándose, así, como punto de llegada de diferentes trayectorias. Una de estas trayectorias era la que aunaba lecturas e ideas del nacionalismo liberal desde los *Episodios Nacionales* hasta Ortega pasando por el regeneracionismo finisecular y las manifestaciones políticas, plásticas e incluso musicales que engendró, por el casticismo noventayochista o por la idea de *volkgeist* castellano de Ramón Menéndez Pidal. Otro de los viveros de los que se alimentaron los fascistas españoles fue del imaginario generado por una amplia corriente que el autor denomina “contrarreforma autoritaria” y en la que aparece el progresivo endurecimiento del mensaje conservador en la crisis de la Restauración, la recepción del pensamiento de Charles Maurras o las andanzas intelectuales de José María Salaverría y Ramiro de Maeztu. Finalmente, bebieron de la fuente del clasicismo, en la que se fundieron esteticismo, autoridad, estatismo y un regusto elitista y aristocrático encarnados por Eugenio d’Ors, Ramón de Basterra y los miembros de la bilbaína Escuela Romana del Pirineo.

A través de explicaciones fluidas e interconectadas la obra entra en el meollo de la cuestión. José-Carlos Mainer presenta un recorrido por un lapso temporal generoso (1920-1956) que permite reconstruir el *continuum* de la producción literaria de unos hombres de letras que sintieron el vértigo de la militancia política radical. Sin fracturas, desde sus manifestaciones más tempranas, en la pluma de un Giménez Caballero o un Luys Santa Marina resacosos de Annual, hasta las primeras deserciones, decepciones y conatos de arrepentimiento que trajo consigo el eclipse de la Falange intelectual de los Laín, Tovar o Ridruejo. En medio, un sinfín de nombres y empresas culturales inundan las páginas de la obra. Nombres que se mencionarán en esta reseña exclusivamente de pasada puesto que su biografía y avatares son sobradamente conocidos por la historiografía. De hecho, una de las grandes contribuciones del catedrático aragonés, amén de la dilatadísima antología literaria que propone, es la de haber sabido compendiar en un solo relato un mapa intelectual disperso, sin confines exactos, solo susceptible de ser unificado bajo unas premisas tan integradoras como las que sustentan esta obra. Y haber sabido hacerlo, además, combinando en un vivo diálogo las valoraciones literarias, la historia de las ideas, las circunstancias personales de cada autor, el contexto sociopolítico y, puntualmente, cierto interés por las redes de sociabilidad y por las condiciones materiales de edición, venta y difusión de la literatura.

En este sentido, no es que la obra apueste por nuevas interpretaciones sobre la recepción del fascismo italiano en los medios escritos de la España de Primo de Rivera o sobre el rescate noventayochista en clave fascista. Para saber sobre ello existen lecturas específicas como *Fascismo en ciernes* de Manuelle Peloille, *Intelectuales y fascismo* de Victoriano Peña Sánchez o puede echarse mano a diferentes trabajos de Enrique Selva como *Pueblo, intelligentsia y conflicto social*. Tampoco aventura José-Carlos Mainer visiones novedosas sobre la geografía de los espacios culturales del falangismo de preguerra, como las redacciones de las revistas *FE* y *Arriba*, las tertulias de *La Ballena Alegre*, la “cueva” del *Or-Kom-Pom* o las “cenas Carlomagno” en el madrileño *Hotel de París*. Quien quiera hallar abundantes notas sobre ello puede acudir, por ejemplo, a *La corte literaria de José Antonio* de los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa. El vanguardismo de Ximénez

de Sandoval y Obregón ya había sido analizado por Mechthild Albert. El frente cultural falangista durante la guerra ha merecido también diversos ensayos entre los que pueden destacarse las páginas que dedica al asunto Andrés Trapiello en *Las armas y las letras* o los trabajos de la ya mencionada Mechthild Albert acerca de la revista *Vértice*. Si bien aquí merece ser reseñada la postura de Mainer al respecto, por cuanto enlaza con debates que están vivos en la historiografía del momento: “*Y es que la situación ideológica era confusa. Se registraba, en efecto, una galvanización espiritual en las clases sociales –alta burguesía y clases medias- ateridas de miedo en los años anteriores. Junto a las camisas y las boinas, también surgieron los rosarios, las grandes medallas, las procesiones penitenciales [...] De modo inevitable, Falange incorporó a su ideario ingredientes del catolicismo movilizado y proporcionó, a su vez, las herramientas de una fascistización completa de lo que hasta 1936 fueron grupos meramente reaccionarios o solo incipientemente fascistizados*”. En ese magma, proliferaron unos tonos literarios que execraban sobre el Madrid capital de la modernidad española y construían la guerra como una rebelión de las provincias, incontaminadas defensoras de un populismo ruralizante y nostálgico de usos barridos por el reloj de arena de la contemporaneidad. Lo que, en opinión de Mainer, suponía un retroceso de la modernidad fascista.

La temas y estética de posguerra, densamente descritos por el profesor Mainer, han sido atendidos por Sultana Wahnón y la configuración de los discursos y culturas políticas católica y falangista por Ismael Saz, Ferran Gallego, Francisco Cobo o Pedro Carlos González Cuevas, cuyas diferentes interpretaciones sobre la ‘cultura del 18 de julio’ han puesto en los últimos años sobre el tapete una intensa disputa académica. Sobre proyectos animados por el falangismo como la revista *Escorial* o el *Instituto de Estudios Políticos* también han vertido ríos de tinta autores como Eduardo Iáñez y Francisco Morente, con puntos de vista marcadamente disímiles, o Nicolás Sesma Landrín. Asimismo, las líneas básicas del comportamiento intelectual hasta los años sesenta han sido satisfactoriamente recogidas por Jordi Gracia en *La resistencia silenciosa*, por Santos Juliá en su *Historia de las dos Españas* o por Javier Muñoz Soro en diversos artículos. Finalmente, figuras como Agustín de Foxá, Ernesto Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas o Dionisio Ridruejo, que ocupan importantes segmentos de la obra de Mainer, han sido analizadas de modo detallado por autores como Jordi Amat, Mario Martín Gijón, Gonzalo Álvarez Chillida o los ya citados Selva, Trapiello, Morente y Gracia. De cara a suministrar datos para el lector interesado, la nómina se completa con interesantísimos y, en ocasiones, menos accesibles autores, como el imprescindible Rafael García Serrano, Eugenio Montes, Julián Ayesta, Luis Felipe Vivanco o Gonzalo Torrente Ballester.

El gran mérito del estudio de José-Carlos Mainer reside en haber sido capaz de presentar de forma ordenada, coherente, bien trenzada y en un número relativamente corto de páginas, un retrato certero de un campo de estudios casi inabarcable como es la historia del lenguaje literario de los falangistas y que hasta la actualidad no había sido presentado conjuntamente en toda su extensión. Como podrá comprobar cualquiera que se haya acercado siquiera de refilón al asunto, no es poco. Todo lo contrario. Esta obra es algo así como un diccionario razonado del fascismo español, y además con ejemplos prácticos. El profesor Mainer se enfrenta exitosamente a un arduo cometido apoyándose en lo mejor de la historiografía nacional y extranjera sobre el tema y en los numerosos trabajos sectoriales que él mismo había desarrollado sobre la cuestión.

Y lo hace dejando su sello personal. Primero, por el ánimo de bucear en las vivencias personales de

cada autor y de encarar el fascismo y su literatura como un fenómeno eminentemente humano y subjetivo, con rostro. Segundo, por lo brillante y cristalino de su escritura, aspecto sobre el que merece la pena insistir y que pone de manifiesto que la erudición no es el anverso incompatible de la claridad y la divulgación. Tercero, por la sobresaliente relación de fuentes primarias y de la posibilidad de acceso a ellas, lo que ayudará a investigadores y curiosos a ponerse tras la pista de su autor predilecto. Cuarto, por la originalidad de su planteamiento. Y es que, una vez vistos los platos de la carta, Mainer ofrece un menú degustación en torno a las ocho especialidades de la casa aderezadas con precisos comentarios literarios. En primer lugar, la sangre caliente, la virilidad, el culto a la violencia y el heroísmo de los precursores, con fragmentos de *Tras el águila del César* de Santa Marina, *El diálogo de las pistolas* de Guillén Salaya o *Genio de España* de Giménez Caballero. En segundo lugar, la comprensión de traumáticas memorias personales como memorias colectivas y la sensación de ruptura que traslucen *El hombre de los medios abrazos* de Samuel Ros, *Madrid, de corte a checa* de Foxá o *Eugenio, o la proclamación de la primavera* de Rafael García Serrano. La guerra y los héroes ocupan el tercer apartado, copado por piezas de clásicos como *La fiel infantería*, de nuevo de García Serrano, el retrato de un falangista en *Camisa azul* de Ximénez de Sandoval o el artículo de Víctor de la Serna “En la muga de Europa” donde glosa y canta las aventuras de los divisionarios en Rusia. El cuarto apartado es el dedicado a las íntimas crisis personales que sufrieron muchos de los antologados y en las que quisieron confundir íntimas sensaciones con vivencias de la historia universal. En este espacio, José-Carlos Mainer ha colocado textos del *Leoncio Pancorbo* de Alfaro y del *Javier Mariño* de Torrente Ballester, entre otros, y comenta una novela de excepción y revelación, *El sello de la muerte* de Ramiro Ledesma Ramos, cuyos herederos lamentablemente no han permitido la reproducción parcial de su obra en la antología. La tensión no decae: la quinta sección, dedicada a los nuevos caminos para el arte va cargada de fragmentos de d’Ors y Giménez Caballero, como no podía ser de otra manera. El arcaísmo, el sentimentalismo y las formas más sosegadas se funden en los apartados sexto y séptimo, reservados respectivamente a la nostalgia de la historia y a la nostalgia burguesa. Aquí mojaron en el tintero sus plumas Tovar, Sánchez Mazas, Eugenio Montes o Julián Ayesta. Por último, autores como Jacinto Miquelarena, Álvaro Cunqueiro o Ángel María Pascual cultivaron el humor y la fantasía, temáticas que ocupan el octavo apartado. Un magnífico muestrario.

Para terminar, es preciso advertir que probablemente la obra de Mainer no mejora algunos de los excelentes trabajos monográficos de los que disponemos actualmente sobre fases concretas o escritores determinados. Pero tampoco era esa la intención del autor. Sí sirve para armar un conjunto integrado y para actualizar vivamente el primer gran ensayo de historia cultural del falangismo. Durante las décadas que han ido de un trabajo de Mainer a otro, pero especialmente en los últimos años, la historiografía española sobre el fascismo ha dado un salto cualitativo acercándose a Europa y liberándose de complejos, mitos y afanes condenatorios que pudieron inspirar trabajos como *Historia de la literatura fascista española* de Julio Rodríguez Puértolas. Y esto muchas veces ha pasado inadvertido para una crítica periodística de dominical que tal vez ha sobredimensionado la importancia de la publicación que se reseña presentándola como un *boom*. Pero esto, obviamente, no cuenta en el debe de José-Carlos Mainer, cuyo consejo de maestro y estímulo intelectual han estado detrás de algunos de los tratados más significativos que durante estos años vieron la luz. Ahora le tocaba cerrar el círculo. Y creo que lo ha hecho de manera excepcional, mostrando un juego de espejos en que se combinan política y estética, vanguardia y

clasicismo, arcaísmo y modernidad, refinado gusto aristocrático alérgico a la cultura de masas y populismo, nostalgia de una edad de oro irrecuperable y utopía de futuro. Las mil y una caras de un proyecto político, social y cultural verdaderamente poliédrico.

Carlos Hernández Quero
Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria.



■ Fernando SÁNCHEZ MARROYO: *Los grandes cambios económicos y sociales en el grupo nobiliario en España*, Madrid, RH+ Ediciones, 2013, 478 pp. por **José Miguel Hernández Barral** (Centro Universitario Villanueva. UCM)

Hace unos años Dominic Lieven publicó un libro sobre la nobleza europea en el siglo XIX que pretendía ser una contestación. Su pretensión polémica tenía como objetivo uno de los libros que más impacto han supuesto en los estudios nobiliarios en perspectiva histórica: *La Persistencia del Antiguo Régimen*, de Arno Mayer¹. Curiosamente, una de las conclusiones principales de Lieven coincidía plenamente con otra de las ideas de fondo de Mayer: el XIX fue un buen siglo para ser aristócrata. A pesar de los cambios vividos por las sociedades que ambos analizaban desde un punto de vista político y legal, su conclusión era optimista, al mismo tiempo que crítica. Fernando Sánchez Marroyo ha publicado una obra que, en gran medida, se plantea las mismas preguntas que en su momento se hicieron autores como Mayer o Lieven. Sin embargo parece evidente que su respuesta es menos positiva que la de estos autores o, al menos, tiene muchos matices. Cualquier obra histórica que matice interpretaciones amplias ha de ser bien recibida y, si aborda temáticas poco transitadas, la bienvenida tiene un punto especial.

Los grandes cambios económicos y sociales en el grupo nobiliario en España es una obra ambiciosa tanto por el objeto de estudio como por ser la primera que pone su único foco de atención en los nobles como modo de abordar los cambios que, en general, vivió España en el periodo. No obstante, desde un primer momento, el autor pone en conexión sus reflexiones con el tema que dominó la historiografía del XIX hasta hace relativamente poco: la existencia, fracaso o éxito de la revolución liberal en España. En este debate, Sánchez Marroyo introduce su principal aportación: la importante influencia de la aparición de un mercado de la tierra en los grupos que hasta entonces habían gozado de un estatus singular debido a su condición nobiliaria. La respuesta a esta cuestión se desarrolla desde distintos enfoques pero con una característica común que es, sin duda, un gran mérito del autor: el impresionante aparato documental que sustenta sus análisis. El profesor Sánchez Marroyo ha trabajado con profundidad fuentes judiciales y notariales, lo cual ofrece un aparato crítico que hasta ahora no se había utilizado para este grupo social con tanta amplitud. El impacto de la desamortización atrajo la atención de los investigadores durante muchos años. Algo menos ocurrió con la desvinculación, proceso igual de relevante de esa reforma agraria liberal de la que habló Fontana. Sin embargo, Sánchez Marroyo da un paso más al procurar seguir el impacto del proceso en un tiempo largo –en torno a un siglo– y, sobre todo, ese impacto no en abstracto sino en un grupo social concreto. Otro de los aciertos del autor es no frenarse ante uno de los principales obstáculos que habitualmente han condicionado las investigaciones sobre la nobleza, la misma pregunta sobre el concepto de noble como identidad social. Como Juan Pro señaló hace años, insistir con excesiva rotundidad en la continuidad o en la ruptura como clave explicativa del grupo supondría poco más que empobrecer o hacer un análisis muy superficial del grupo². Sánchez Marroyo opta por centrarse en los

títulos como representantes de la nobleza, sin entrar en su vigencia como fuente de prestigio o elemento de cohesión social. Aunque esto supone dejar de lado todo un sector dentro de la nobleza –el no titulado- donde impactó de una forma más drástica el fin del Antiguo Régimen, se procura ofrecer un abanico amplio de títulos antiguos, nuevos, con Grandeza o sin ella, lo cual permite preguntarse en definitiva por los elementos que definen el grupo

La aproximación del autor es sustancialmente económica y esto, inevitablemente, le conduce a preguntarse por los fundamentos sociales del grupo. Esa conexión tan obvia parece que se está olvidando, haciendo que la historiografía económica parezca un mundo paralelo, y no sólo por culpa de los historiadores que practican esta disciplina y que se entienden poco pero se leen menos. Ese enfoque, como digo, aporta algunas de las páginas más interesantes de la obra. Para Sánchez Marroyo, la herencia es el activo principal del grupo y, por tanto, las estrategias matrimoniales tremendamente selectivas y los “desórdenes” que analiza explican mucho el éxito o fracaso de determinados títulos en su personal siglo XIX. Tras el breve pero pionero trabajo de Carmona y Fernández, este acercamiento a las familias nobiliarias –a las “casas”- subraya la importancia de la continuidad real o ficticia en el éxito de los títulos³.

Los capítulos dedicados a las formas de renta y a las formas de gestión del patrimonio de la nobleza son los más densos desde el punto de vista interpretativo. Sin entrar directamente en diálogo con ellos –quizá una de las pocas críticas al autor-, Sánchez Marroyo toma postura en el debate sobre la nobleza como grupo social económicamente modernizador. Desde su punto de vista, la perspectiva de Gortázar es muy difícil de sostener en el siglo XIX, mientras que la idea de una reordenación con límites y víctimas propuesta por Bahamonde cuadra mucho mejor con los títulos estudiados⁴. El autor, sin embargo, refleja muy bien lo confuso e imprevisto de alguno de esos saneamientos. Si Osuna sigue siendo el gran ejemplo de quiebra económica, Frías aparece como el fin de una caída poco prevista. Si Alba es la crónica de un éxito, se nos ofrecen muchos momentos –en especial la subasta de la década de los setenta- en los que pudo dejar de ser ese emblema de la continuidad emparejado con el prestigio.

Sin duda, y como reconoce el autor, *Los grandes cambios...* es un libro que abre un importante panorama para estudios posteriores. Sus aportaciones sobre la renta, especialmente agraria, sugieren la posibilidad de establecer un índice sobre el que ya han tratado autores como Ricardo Robledo⁵. Al mismo tiempo, otro gran valor supone el de situarse a la altura de obras como las de Malatesta, Rubinstein o Higgs⁶ que han tratado la evolución del patrimonio agrario de la nobleza en el XIX. Tanto las preguntas como las respuestas insisten en hacer de la nobleza un interesante y necesario objeto de estudio para la Historia de España contemporánea.

NOTAS:

1) Dominic LIEVEN: *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, London, MacMillan, 1992. Arno MAYER: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

2) Juan PRO RUIZ: "Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)", *Historia Social*, 21 (1995), pp. 47-75.

3) Juan CARMONA y Javier FERNÁNDEZ, "La tradición moderna: la política matrimonial de los grandes de España

(1800-1923)" en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO: *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Consejería de Cultura, 1989, pp. 596-619. Sobre la continuidad, Monique de SAINT MARTIN: *L'Espace de la noblesse*, Paris, Metailié, 1993.

4) Guillermo GORTÁZAR: *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. Ángel BAHAMONDE: "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO CARVAJAL: *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, Consejería de Cultura, 1986, pp. 326-375

5) Ricardo ROBLEDO: "La renta de la tierra en la crisis de fines del siglo XIX: variantes regionales" en José Luis GARCÍA DELGADO y Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *La España de la Restauración*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 311-330.

6) Maria MALATESTA: *Le aristocrazie terriere nell'Europa contemporanea*, Bari, Laterza, 1999. David HIGGS: *Nobles in Nineteenth-Century France: the practice of inegalitarianism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987. William H. RUBINSTEIN: *Men of property. The very wealthy in Britain during the Industrial Revolution*, London, Croom Helm, 1981.

José Miguel Hernández Barral
Centro Universitario Villanueva
Universidad Complutense de Madrid.